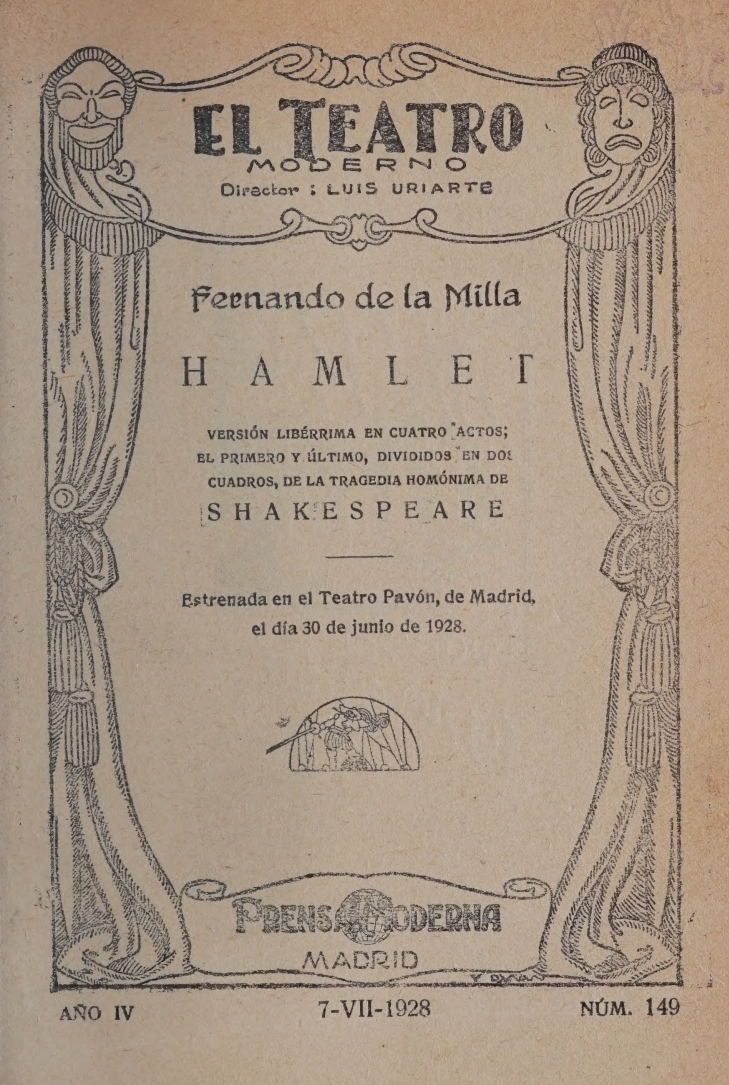

EL TEATRO
MODERNO
EL PRINCIPE
DE DINAMARCA
Versión libérrima
DE HAMLET POR
FERNANDO DE LA MILLA
Y. DURAN



EL TEATRO MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Fernando de la Milla

HAMLET

VERSIÓN LIBÉRRIMA EN CUATRO ACTOS; EL PRIMERO Y ÚLTIMO, DIVIDIDOS EN DOS CUADROS, DE LA TRAGEDIA HOMÓNIMA DE

SHAKESPEARE

Estrenada en el Teatro Pavón, de Madrid, el día 30 de junio de 1928.

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 7-VII-1928 NÚM. 149



Lea Vd.
Los novelistas
30 céntimos
Novelas cortas inéditas de los mejores autores

Si el designio del artista pudiera ser un dato para la determinación del juicio, yo insistiría en el señalamiento del blanco que me propuse: eficacia.

Fernando de la Milla

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Gertrudis, Reina de Dinamarca...	*Fernán-Graci.*
Ofelia...	*Hernández.*
Actriz...	*Latorre.*
Hamlet, Príncipe de Dinamarca.	*Santacana.*
Claudio, Rey de Dinamarca... ...	*García Luengo.*
Horacio, amigo de Hamlet..... ...	*Luzart.*
Polonio, Lord Chambelán...	*Martí.*
Laertes...	*Martínez.*
Guillermo Rosencrantz...	*Calvo de Medrano.*
Ricardo Guildenstern...	*Capilla.*
Osrico...	*Vega-Elvira.*
Marcelo, oficial...	*Lahoz.*
Bernardo, oficial...	*Lafal.*
Francisco, oficial.....	*Calvo.*
Cómico 1.º.....	*Ibáñez.*
Cómico 2.º.....	*Armengol.*
Sepulturero 1.º...	*Santibañes.*
Sepulturero 2.º....	*Lahoz.*
Un sacerdote...	*Rodríguez.*
La sombra del padre de Hamlet.	*Santibañes.*

Damas, oficiales, soldados, séquito real, pueblo.

La acción, en Dinamarca. Epoca, la que gustéis.

À nuestros lectores

En el número 98 de esta publicación apareció una admirable traducción de Hamlet *firmada por Gregorio Martínez Sierra. En estos últimos días, las crónicas teatrales de la Prensa han dedicado tan preferente atención a una versión libérrima de* Hamlet *hecha por la autorizada pluma de Fernando de la Milla—uno de los valores nuevos, a no dudarlo, de más destacada, recia e independiente personalidad—, que* EL TEATRO *se ha creído en el deber de registrarla inmediatamente en su catálogo.*

Pero conviene aclarar que EL TEATRO *no publica la versión de Fernando de la Milla,* a pesar *de haber publicado ya la traducción de Martínez Sierra, sino* precisamente *por haberla publicado.*

Aparte la amputación de dos cuadros, la traducción de Martínez Sierra sigue muy de cerca el glorioso original; por el contrario, la versión de Fernando de la Milla se aparta libérrimamente del texto chespiriano. Fundamental diferencia originada por la oposición de designios: Martínez Sierra apuntaba a la fidelidad; Milla —él mismo lo dice—, a la eficacia.

Todo ello puede promover una contrastación de tra-

bajos que suponemos ha de constituir un deleite intelectual para nuestros cultos lectores.

Milla titula su obra Hamlet *sencillamente, y con este título se estrena. Sin embargo, para evitar posibles confusiones en la demanda de una u otra versión, publicamos aquélla en* El Teatro *con el nombre de* El Príncipe de Dinamarca.

El Teatro, *atento siempre a la cambiante fisonomía de la actualidad escénica española, cree captar un nuevo rasgo en la culta y responsable intervención de Fernando de la Milla, y se apresura, con plena satisfacción, a hacerlo repercutir en sus páginas.*

Luis URIARTE



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Salón en el castillo.

ESCENA I

En escena el *Rey*, la *Reina*, *Hamlet*, *Polonio*, *Ofelia*, *Laertes y cortesanos.*

REY. No se aparta, ciertamente, de nuestros corazones el recuerdo de nuestro amado Rey, mi difunto hermano. Pero la razón termina por imponerse al sentimiento. Nos acordamos, nos acordaremos siempre del Rey Hamlet, quién lo duda... Pero es más prudente, más razonable nuestro dolor, pues que sin olvidarnos del difunto Monarca tampoco nos olvidamos de nosotros mismos. He aquí explicado por qué he recibido por esposa a la que un tiempo fué mi cuñada, a la que un tiempo fué esposa del Rey, mi hermano. Por esta diversidad de accidentes, nuestra alegría ha sido una alegría malograda, nuestra sonrisa velada por el llanto y las endechas epitalámicas ensombrecidas por el recuerdo de las fúnebres ceremonias. En todo esto no hemos dejado de seguir, señores, vuestros leales consejos, que espontáneamente se mostraron favorables a nuestra boda. El Rey os da las gracias en su nombre y en nombre da la Reina. En este día, en que celebramos el total y definitivo arreglo de todas nuestras diferencias con Noruega—obsesión de nuestro reino durante muchos años—

me ha parecido oportuno el recordatorio de nuestras más recientes felicidades y desgracias.

VOZ ¡Viva el Rey!

VOCES. ¡Viva!

REY. Y ahora tú, Laertes, ¿qué quieres de mí? Me has hablado de cierta petición. ¿Cuál es, Laertes? Si es razonable tu deseo, por anticipado te ofrece su logro el Rey de Dinamarca.

LAER. Señor, os pido permiso para volver a Francia. Cumplido mi deber de venir a Dinamarca para asistir a vuestra coronación, mis pensamientos y mis deseos me inclinan a Francia nuevamente.

REY. ¿Tienes la venia de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

POLO. Señor, a fuerza de insistir me ha arrancado mi consentimiento. Os suplico que le deis licencia para marchar. Ya no tiene remedio.

REY. Vuélvete a Francia, Laertes, cuando más te acomode. Y tú, Hamlet, mi deudo, hijo mío...

HAML. Algo más que deudo y algo menos que hijo.

REY. ¿Por qué siempre triste, siempre? Dijérase que es ya una obstinación tu melancolía. Siempre envuelto en nubes de tristeza.

HAML. Nada de nubes, señor. Al sol y a todas horas.

REINA. Hamlet, hijo mío, quítate ya ese luto. No estés siempre con la vista clavada en el suelo, buscando en el polvo a tu padre. El morir es suerte que nos alcanza a todos.

HAML. En efecto, señora. Es suerte que nos alcanza a todos.

REINA. Entonces, ¿por qué la muerte de tu padre, siendo tan natural, parece en ti un suceso extraordinario?

HAML. No es que lo parece. Es que lo es. No entiendo yo de apariencias.

REY. Muy a tu favor habla ese homenaje que rindes a tu padre. Desde luego, el que sobrevive, está obligado, por deber filial, a mostrar su dolor por algún tiempo. Pero perseverar en él es terquedad impía, dolor indigno de un

hombre. Indica una voluntad que no sabe doblegarse a los designios del cielo. Te ruego que deseches ese dolor desmedido y pienses en mí como en un padre.

HAML. Procuraré... Procuraré...

REINA. A mí también querrás complacerme. Hamlet, no vuelvas a Wittenberg. Son ya muchos años de Universidad. Quédate a nuestro lado, te lo ruego.

HAML. Os obedeceré lo mejor que pueda, madre mía.

REY. Señora, venid. Esta decisión de Hamlet sonríe a mi corazón. En gracias a ella no beberá esta noche una sola vez el Rey de Dinamarca sin que el gran cañón se lo anuncie a las nubes y el cielo celebre el brindis del Rey repitiendo el trueno de la tierra. Vamos. *(Salen todos, menos Laertes y Ofelia.)*

ESCENA II

Laertes y Ofelia.

LAER. Ofelia: el Príncipe Hamlet te corteja. No hagas caso de sus galanteos. Todo será un capricho.

OFELIA. ¿Tú crees?

LAER. Quizá ahora te ame sinceramente y ningún apetito inconfesable empañe la pureza de sus intenciones. Pero no olvides que el príncipe no tiene voluntad propia, pues de su elección dependen la salud y prosperidad de todo el reino. Por consiguiente, ponte fuera, hermana, del alcance de su deseo. La más casta doncella parece demasiado pródiga con sólo desvelar el pecho a los cándidos rayos de la luna. Sobre todo, Ofelia, la calumnia es más fuerte que todas las virtudes.

OFELIA. Querido hermano, muy bien tus consejos. Ahora tú te vas a Francia... No vayas a hacer como algunos predicadores: "para vosotros

la severidad de mis doctrinas y para mí... la florida senda del amor y los placeres."

LAER. ¡Oh, descuida! No temas por mí.

ESCENA III

Dichos y *Polonio.*

POLO. ¿Todavía aquí, Laertes?

LAER. Doble bendición es doble merced. No es poca suerte que pueda ser doble nuestra despedida.

POLO. Adiós, hijo mío. Adiós. Oye, ¿te he dado ya los consejos correspondientes?

LAER. Sí, padre.

POLO. Bueno, pues mira: lo mismo que nos hemos despedido dos veces te voy a dar mis consejos por duplicado. Verás. Vamos por orden. Primero: se te ocurre una buena idea..., chitón y punto en boca, hasta el momento oportuno. Tú me entiendes. Segundo: tienes pruebas, repruebas y requetepruebas de que un amigo tuyo lo es de verdad, de todo corazón, como Dios manda. Perfectamente. Pues a ese amigo sujétalo a tu corazón con garfios de acero. Ahora bien... Ahora bien... Una cosa es ser amigo de un buen amigo y otra serlo de todo el mundo, del primero que se presenta, aunque acabe de salir sin plumas del cascarón. Tercero: pelearse siempre es muy molesto, muy desagradable. Me consta. Así que tú procura escurrir el bulto siempre que puedas. Pero todo tiene un límite, amigo mío. Hay veces que el honor obliga y no hay más remedio. Bueno, pues cuando no haya más remedio hay que dar fuerte, de manera que si uno de los dos tiene que tomar precauciones, que sea tu contrario. Cuarto consejo, cuarto: la oreja en este mundo es una cosa muy importante. ¿Que hay que escuchar algo? Pues oído a la caja. En cambio, todas las precau-

ciones son pocas para que no le oigan decir a uno lo que a uno no le conviene. Quinto: ¿pedir prestado y dar prestado? Jamás. Vamos, hombre. Prestas dinero y ya se sabe, pierdes el amigo y el dinero. Y si eres tú el que lo recibes, pues estás perdido, hijo mío, al perder con el préstamo el sentido de la economía. Y el último, Laertes, y en verdad de verdad el más importante: sé sincero contigo mismo, que es el mejor procedimiento para no ser falso con los demás. ¡Adiós! Que mi bendición te haga tener presentes mis consejos.

LAER. Adiós, Ofelia.

POLO. No te detengas. Tu hermana y yo vamos a despedirnos de sus majestades. Te encontraremos en la playa.

LAER. *(A Ofelia.)* Recuerda bien cuanto te he dicho. *(Vase Laertes.)*

ESCENA IV

Ofelia y Polonio.

POLO. ¿Que recuerdes bien cuanto te ha dicho? ¿Qué te ha dicho?

OFELIA. Me hablaba del Príncipe Hamlet.

POLO. A propósito: me ha parecido oír que te hace la corte y que tú no has sabido ocultar tu complacencia. Ofelia, si esto es así, el concepto de ti misma, como tú misma y como hija mía, es un concepto deplorable. ¿Qué hay entre vosotros? Dime la verdad.

OFELIA. Nada, señor. Me ha hablado varias veces del afecto que le inspiro.

POLO. ¿Qué sabes tú de afectos ni zarandajas? ¿Y tú qué piensas de todo eso?

OFELIA. No sé qué pensar, padre mío.

POLO. Mira, Ofelia: a mí se me puede tener por cual-

quier cosa menos por un mentecato. Cuéntame, cuéntame...

OFELIA. Señor, me ha requerido de amores con aire afectuoso.

POLO. Más, más.

OFELIA. Me ha hecho juramentos.

POLO. Sí, artimañas para cazar codornices. Además que, cuando hierve la sangre, un juramento es algo más leve que una mariposuela.

ESCENA V

Dichos, *Horacio y Marcelo.*

HORA. Aquí está el gran Chambelán.

POLO. Caballero... ¿Puedo seros útil en algo?

HORA. Deseamos ver al Príncipe.

POLO. No es fácil tarea verle. Si fuera hablarle...

MARC. No es posible hablarle sin verle.

POLO. Justo. De aquí la dificultad. ¿Quién sabe dónde está el Príncipe? Medita y pasea incansablemente. ¿Quién sabe dónde está?

HORA. Demasiadas palabras, señor mío. Necesitamos ver al Príncipe.

POLO. Tenéis razón. Todo hablar es inútil, porque ved aquí a su alteza.

ESCENA VI

Dichos y *Hamlet.*

POLO. Señor, estos caballeros deseaban ver a vuestra alteza. Con vuestra venia. *(Vase con Ofelia.)*

HAML. Horacio. ¿Eres Horacio, verdad?

HORA. El mismo, señor, y siempre vuestro humilde criado...

HAML. Querrás decir mi buen amigo. ¿Y qué te trae de Witemberg? ¡Oh, Marcelo!

MARC. Señor...

HAML. Mucho me place veros. ¿Regresáis pronto a vuestra guarnición?

MARC. Por eso, amado Príncipe, hemos venido a buscaros. Desearíamos...

HAML. ¿Una licencia?

HORA. Algo más, alteza; permanecer en Elsinor.

HAML. Tenedlo por logrado si aún representa algo en la corte el Príncipe Hamlet.

HORA. Hace poco tiempo que estamos aquí. Vinimos para asistir a los funerales de vuestro padre.

HAML. Horacio, mi buen camarada de estudios, no te burles de mí, te lo ruego. Habrás venido a presenciar las segundas nupcias de mi madre.

HORA. En verdad, señor, que poco se han llevado.

HAML. Economía, Horacio, economía. Los manjares dispuestos para el banquete fúnebre han servido, fiambres, para el de la boda. Horacio, ¡hubiera preferido encontrar en el cielo a mi peor enemigo que haber visto ese día! ¡Mi padre! ¡Me parece que veo a mi padre!

HORA. ¿Dónde, señor?

HAML. Con los ojos del alma.

HORA. Le vi una vez. Era un Rey lleno de majestad.

HAML. Otro como él no volverá a reinar en Dinamarca. *(Suenan trompetas y como una salva de artillería.)*

HORA. Señor... Son salvas de artillería, si no me equivoco. Pero no comprendo...

HAML. Todo es pretexto, Horacio, en Elsinor para una orgía. Hoy, por la firma de un convenio con Noruega. Mañana no faltará pretexto tampoco. ¿Qué más da? El Rey está cuidándose, Horacio, y cada vez que bebe un trago de vino, el cañón y el timbal pregonan el triunfo de su brindis.

HORA. Rara costumbre.

HAML. Mala costumbre. Más nos honraría romperla que observarla.

HORA. Gracias, alteza, por vuestro ofrecimiento, y una vez más a vuestras órdenes.

MARC. Señor...
HAML. Que Dios os guíe.
MARC. Y a vos os guarde.

ESCENA VII

Hamlet y Ofelia.

HAML. ¡Oh, si este mi pobre cuerpo pudiera ahora mismo deshacerse, derretirse, resolverse en rocío!... ¡Oh, si el suicidio no fuese condenado por Dios!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuán cansado, tedioso, estúpido este bajo mundo! Reniego de él. Es un jardín cubierto de malas hierbas. *(Ofelia cruza la escena sin verle.)* Ofelia.
OFELIA. Señor...
HAML. ¿No me habías visto?
OFELIA. Corría apresurada a despedir a mi hermano.
HAML. Tú también apresurada... Ofelia. ¿Qué pasa en Elsinor que todo es impaciencia y apresuramiento? *(Pausa.)* ¡Que haya podido suceder lo que ha sucedido!
OFELIA. Nada sé, señor.
HAML. ¿Pero es que nadie se da cuenta de nada? ¿Pero es que todos hemos enloquecido? ¿Habrá que lanzarse por el mundo para anunciarlo a voces?
OFELIA. ¡Alteza!...
HAML. ¿O es que, deliberadamente, nada queréis saber? Pues yo he de ser la voz implacable que os lo recuerde a todos. Mi padre, el Rey, mi padre, ha muerto. ¿Cuándo? Apenas se han cumplido ya dos meses. Un Rey tan bueno... Y un tan amante esposo, que ni sufrir podía que los vientos del cielo rozasen el rostro de mi madre. ¡Cielos y tierra! ¡Incrcíble cinismo el vuestro para insistir en que nada sabéis! ¿Y mi madre? ¡Ah, mi madre, también parecía la más tierna esposa! Y, sin embargo, al

cabo de unas semanas... ¡Fragilidad, fragilidad, tienes nombre de mujer! *(Pausa.)* Ofelia...

OFELIA. ¿Queréis que llame? Estáis muy excitado, alteza...

HAML. Una fiera, sin uso de razón, le hubiera llorado más tiempo.

OFELIA. Con vuestro permiso, Príncipe, debo retirarme...

HAML. ¡Ah, Ofelia, tú eres también de los que no quieren saber nada!... ¡Pues has de saberlo, aunque te mueras de espanto! Grábate esta abominación en la memoria. Mi madre, ¡fíjate, Ofelia, lo que esto supone para mí, es hoy la esposa del hermano del muerto. ¡Oh, infame impaciencia, lecho incestuoso!...

OFELIA. Reportaos, señor... Pensad que es vuestra madre.

HAML. Entonces, rómpete, corazón, en mil pedazos.

OFELIA. Bastaría un poco de paciencia...

HAML. No será bastante. Mejor es el silencio absoluto. Silencio, pues, Ofelia. Silencio. Silencio...

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Explanada ante el Palacio real de Elsinor.

ESCENA I

Francisco y Bernardo.

BERN. *(Entrando.)* ¿Quién vive?

FRAN. *(Oficial de guardia.)* Es a mí a quien toca preguntar. ¿Quién vive?

BERN. ¡Viva el Rey!

FRAN. ¿Bernardo?

BERN. El mismo.
FRAN. Gracias, compañero. No es posible ser más puntual.
BERN. Acaban de dar las doce. Puedes irte a descansar, Francisco.
FRAN. Otra vez gracias por el relevo. Hace un frío terrible y este pecho no anda muy bien.
BERN. ¿Ha sido tranquila vuestra guardia?
FRAN. Ni un ratón se ha movido.
BERN. Está bien. Buenas noches.

ESCENA II

Dichos, Horacio y Marcelo.

FRAN. ¡Alto! ¿Quién va?
HORA. ¡Amigos de Dinamarca!
MARC. ¡Y vasallos de su Rey!
FRAN. Bienvenidos. Buenas noches.
MARC. ¡Adiós, pundonoroso militar! ¿Quién os ha relevado?
FRAN. Bernardo. Allí le tenéis. Buenas noches *(Vase.)*

ESCENA III

Bernardo, Horacio y Marcelo.

MARC. ¡Hola! ¡Bernardo!
BERN. Esa voz... ¿Sois Horacio?
HORA. Juraría que sí.
BERN. ¡Hola! Bien venido, Horacio, Bien venido, Marcelo.
MARC. ¿Y esa sombra, querido Bernardo? ¿Qué? ¿Se ha vuelto a aparecer esta noche?
BERN. Yo no he visto nada.
MARC. Horacio cree que todo es pura ilusión nuestra. No basta que le asegure que la hemos

visto dos veces. Nada. Es un incrédulo pertinaz.

HORA. Ojos que no ven...

MARC. Perfectamente. ¿No has venido esta noche para convencerte por tus propios ojos? Si se nos aparece el fantasma, podrás, no solamente creernos a nosotros, sino hasta hablarle a él.

HORA. Vamos, vamos...

BERN. Yo puedo deciros que han sido ya dos noches.

HORA. A ver, a ver... Contadme.

BERN. Precisamente... ¿Veis esa estrella?... Pues anoche, cuando iluminaba la misma parte de cielo en que ahora brilla... Marcelo y yo... Era la una en aquel instante. *(Aparece la sombra del padre de Hamlet.)*

MARC. ¡La sombra! ¡Silencio! Mira por dónde viene otra vez.

BERN. ¡Miradla! Dijérase el Rey difunto.

MARC. Tú que no creías en sombras, ¡háblale, Horacio!

BERN. ¿No se parece en todo al Rey? Pero si es el mismo Rey. ¡El mismo, el mismo!

HORA. Cierto. Lo reconozco... Exactamente.

BERN. Quizá quiera que le hables.

MARC. ¡Pregúntale, Horacio!

HORA. ¿Quién eres, dí, que así te nos apareces a esta alta hora de la noche y usurpando la apariencia del difunto Rey de Dinamarca? ¡Por el cielo te conjuro! Contéstame.

BERN. Mirad, ¡se aleja altivo!

HORA. ¡Detente! ¡Habla, habla! *(Desaparece la sombra.)*

BERN. ¿Qué tal, amigo mío? ¿Era creación de nuestra fantasía? ¿Qué decís ahora?

HORA. ¡Por Dios, que no lo hubiera creído de no haberlo visto con mis propios ojos!

MARC. ¿Has observado cómo se parece al Rey?

HORA. ¡Como tú a ti mismo! La misma armadura llevaba cuando combatía con el noruego. No sé qué pensar. Estoy trastornado.

BERN. Si vuelve a aparecérsenos, se detendrá, os lo juro, de grado o por la violencia.

MARC. Por la violencia no se detendrá. Nada podremos contra él como nada podemos contra el aire.

BERN. ¡Y ha sido lástima! Estaba a punto de hablar... Desapareció cuando cantó el gallo.

HORA. En efecto. Dicen que cuando se aproxima el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Salvador, pasa el gallo cantando la noche entera. En esa época no hay espíritu que se atreva a salir de su morada. Son noches propicias al hombre. Ningún planeta ejerce entonces maleficio, ni existe hada ni hechicera con bastante poder para encantarnos. ¡Tan sagrado y lleno de gracia es este tiempo! Y, sin embargo... esta vez...

MARC. Horacio... ¿Veis allí? Otra sombra. Pero ésta es sombra de viviente. ¿No es el Príncipe Hamlet?

BERN. Es verdad...

HORA. ¡A estas horas!...

MARC. Eso no. No es la primera noche que le veo pasear solitario por la explanada y las plataformas del castillo.

ESCENA IV

Dichos y Hamlet.

HAML. Salud, amigos.

MARC. Alteza...

BERN. Señor... *(Pausa. Hamlet contempla la lejanía.)*

HORA. Creo que es nuestro deber informarle de lo que hemos visto.

MARC. Tienes razón.

HORA. Amado Príncipe...

HAML. ¿Decías, Horacio?

HORA. Señor, creemos haber visto a vuestra padre.

HAML. ¿Eh, qué decís? Burla no puede ser... Por locos no os tengo... Repítelo, Horacio ...

HORA. Señor, creemos haber visto la sombra de vuestro augusto padre.

HAML. ¡La sombra de mi padre! ¡Por el amor de Dios! Dime, ¿qué te detiene?

HORA. Dos noches seguidas, hallándose de guardia estos caballeros, Marcelo y Bernardo, en la quietud sepulcral de la media noche, se les apareció el espectro de vuestro padre. Me refirieron el espantoso trance y yo no quise creerles. Pero, señor, yo acabo de ver la misma sombra y doy por cierta y exacta la referencia que me hicieron. Yo conocí a vuestro padre. No son más semejantes estas manos.

HAML. Pero ¿en dónde le habéis visto?

HORA. Aquí mismo, en la explanada.

HAML. ¿Y no le hablasteis?

HORA. Yo le hablé, señor. Pero no me dió respuesta alguna.

HAML. Es muy extraño.

HORA. Nosotros hemos creído nuestro deber daros conocimiento.

HAML. Es muy extraño... ¿Hasta qué hora dura vuestra guardia?

HORA. Hasta la amanecida, señor.

HAML. ¿Era sombra imprecisa o vestía de algún modo?

HORA. Armadura, señor.

HAML. ¿De punta en blanco?

BERN. De pies a cabeza, señor.

HAML. No pudisteis verle el rostro, por lo tanto.

MARC. Oh, sí, señor. Tenía la visera levantada.

HAML. ¿Su rostro? ¿Apacible o colérico?

HORA. Triste, no más.

HAML. ¿Pálido o encendido?

HORA. Pálido, sumamente pálido.

HAML. ¿Te miró fijamente?

HORA. Con terrible insistencia.

HAML. ¡Oh! ¡No haber podido estar aquí!...

HORA. ¿Para qué, señor? Un pasmo de asombro que hubierais sufrido.

HAML. Es muy probable, muy probable... Bien. Os acompaño esta noche. Quizá se aparezca de nuevo.

HORA. ¡Quién sabe!

HAML. ¡Y si adopta la figura de mi noble padre, le hablaré, le hablaré aunque el infierno abra rugiendo su boca por mandarme callar! Y ahora un ruego... Si a nadie habéis dicho lo que habéis visto, seguid ocultándolo a todos. Y suceda esta noche lo que suceda... vosotros silencio. *(Pausa.)* ¡Oh, hace frío! El aire muerde. *(Trompetas y un cañonazo.)* También vela el Rey esta noche. ¡Buen provecho, regio bebedor!

ESCENA V

Dichos y la *Sombra.*

HORA. ¡Mirad, señor, ahí viene!

HAML. ¡Angeles y ministros del Señor, defendednos! Seas espíritu de gracia o de condenación; traigas contigo aires del cielo o vendavales del infierno; sea tu designio malvado o piadoso, como te presentas en tal forma, necesito hablarte. Te llamaré Hamlet, y soberano, y padre, y Rey de Dinamarca. ¡Oh, respóndeme! Dime por qué tús huesos han roto su mortaja. Por qué el sepulcro en que te vimos dulcemente dormido ha abierto sus mandíbulas de mármol para arrojarte de su seno. ¿Qué significa que tu cuerpo muerto salga de nuevo armado de pies a cabeza, a la luz de la luna, llenando de espanto la noche y horrorizándonos a nosotros, juguetes de la naturaleza, con pensamientos más allá del alcance de nuestra mente? Dime, ¿qué es esto? ¿Qué significa todo esto? ¡Dime si hemos de hacer algo por ti! *(La Sombra hace señas a Hamlet.)* Retiraos vosotros. *(Marcelo y Horacio se van.)*

ESCENA VI

Hamlet y la Sombra.

SOM. ¡Mírame!
HAML. Te miro.
SOM. Escúchame.
HAML. Te escucho.
SOM. Soy el espíritu de tu padre. Si no me estuviese prohibido descubrir los secretos de mi nueva vida, cosas habría de decirte que helarían tu sangre, desorbitarían tus ojos y harían que, como dardos, se te erizasen los cabellos. Si alguna vez amaste a tu padre, escucha...
HAML. ¡Oh, Dios!
SOM. Tienes que vengar el asesinato de tu padre.
HAML. ¿Asesinato? Habla, habla, padre, y más veloz que el pensamiento me verás volando a la venganza.
SOM. Duro serías de corazón si no te conmovieras con mi relato. Escucha. Se ha justificado mi muerte con la mentira de que, durmiendo en mi jardín, me mordió una sierpe venenosa. Así se ha engañado groseramente a todo Dinamarca. Pero sábelo tú, hijo mío: la serpiente que quitó la vida a tu padre, hoy lleva su corona.
HAML. ¡Ah, no me engañaba mi presentimiento! Mi tío, tu propio hermano te asesinó.
SOM. Con malas artes supo ganar la voluntad de la que yo creía virtuosa Reina. ¡Qué terrible caída la de tu madre! Desde la dignidad de mi amor a la bajeza de un amor como el de mi hermano... Has de saber, en fin, que una tarde, cuando como de costumbre me hallaba durmiendo en mi jardín, se me acercó tu tío cautelosamente y derramó en mi oído un veneno mortal. Así, mientras dormía, la mano de un hermano me robó la vida, la corona y la espo-

sa. Si es humana tu naturaleza, no lo toleres. No consientas que el lecho real de Dinamarca sea vil refugio de lujuria y de incesto. Pero sea tu venganza la que fuere, no levantes tu espíritu contra tu madre. ¡Contra tu madre, nunca! Deja al cielo y a las espinas que anidan en su pecho el cuidado de atormentarla. Adiós, Hamlet, hijo mío, acuérdate de mí. *(Desaparece la Sombra.)*

ESCENA VII

Hamlet.

HAML. ¡Oh, cielo; oh, tierra! ¡Oh, infierno!... Calma, corazón. ¡Oh, carne mía, no envejezcas en un instante! Que me acuerde de ti me dices. Sí, pobre sombra. De ti me acordaré mientras haya memoria en este olvidadizo mundo. Que me acuerde de ti... No lo dudes, padre. Y borraré de mi memoria todo posible recuerdo para que sólo viva en ella tu mandato. ¡Hola! Aquí, amigos míos.

ESCENA ULTIMA

Hamlet, Horacio y Marcelo.

MARC. ¿Qué ha sido, señor?
HORA. ¿Qué ha sucedido?
HAML. ¡Oh, maravilloso, maravilloso!
HORA. Decid, señor.
HAML. ¿Para qué? ¿Para que lo repitáis a todo el mundo? No. Ni siquiera hablaréis nunca de lo que habéis visto esta noche. ¿Algo habéis visto? Pues, bien. Vosotros no sabéis nada. Vosotros no sabéis nada en absoluto.
HORA. Señor, confiad en ello.
MARC. No lo diremos.

HAML. Juradlo.
HORA. Por mi fe, que no he de decirlo.
MARC. Ni yo tampoco, por mi fe.
HAML. Juradlo sobre mi espada.
SOM. *(Desde debajo de la tierra.)* ¡Jurad!
MARC. ¿Qué voz es ésa? ¡Hoy todo parece extraño y misterioso!
HAML. Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Marcelo, que las que puede concebir la mente humana. Pero atendedme... De aquí en adelante, por muy extraña que os parezca mi conducta, vosotros ni con palabras ni ademanes ni reticencias daréis a entender que sabéis lo que me ocurre. Os digo esto porque acaso las circunstancias me aconsejen fingir un estado de ánimo extravagante. ¿Lo haréis así? Juradlo.
SOM. *(Bajo tierra.)* Jurad.
Los Tres. ¡Juramos!
HAML. Descansa, descansa, atormentado espíritu. ¡Me acordaré de ti! ¡Siempre... siempre!... Descansa, descansa, espíritu... ¡Descansa!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón en el Palacio.

ESCENA I

El *Rey,* la *Reina, Rosencrantz, Guildenstern, Polonio* y séquito real.

REY. Bien venidos, queridos Rosencrantz y Guildenstern. Además del deseo que teníamos de veros, la necesidad de vuestros servicios ha sido

causa de la urgencia con que os hemos llamado. No sé lo que le pasa a mi sobrino Hamlet. No acierto a imaginar lo que le tiene fuera de juicio, a no ser la muerte de su padre. Os suplico a los dos, puesto que os habéis criado con él, permanezcáis algún tiempo en la Corte, procuréis distraerle y tratéis de poner en claro qué mal es ese que le aflige, por si es posible hallarle remedio.

REINA. Nobles caballeros, mi pobre hijo habla con frecuencia de vosotros y estoy segura de la afición que os tiene. Si accedéis a permanecer algún tiempo a nuestro lado, regias serán nuestra gratitud y nuestra recompensa.

ROSEN. Vuestras majestades no tienen que rogarnos. Basta con que nos manden.

GUILD. Siempre vuestras majestades nos honrarán con sus órdenes.

REY. Gracias, amigos míos.

REINA. Muchas gracias. Os ruego que vayáis inmediatamente a ver a mi hijo. Está tan cambiado... ¡Señor! ¡Señor!... *(A los del séquito.)* Algunos de vosotros conducid a estos caballeros adonde se halle el Príncipe. *(Salen Rosencrantz, Guildenstern y séquito.)*

ESCENA II

El *Rey,* la *Reina* y *Polonio.*

POLO. Señor; hasta donde alcanza mi escaso ingenio, creo haber encontrado la causa de la locura de Hamlet.

REY. ¡Oh! Habla, habla.

POLO. Vuestro noble hijo está loco... Es decir, lo que entendemos por loco. Porque definir la verdadera locura... se necesita estar loco para intentarlo.

REINA. Bien, bien. Menos retórica.

POLO. Señora, juro por lo más sagrado que no em-

pleo retórica de ninguna especie. Está loco. No hay que dudarlo y es lástima que así sea. Pero, en fin, reflexionemos... He aquí que tengo una hija... Y he aquí que esta hija mía, cumpliendo su deber de obediencia a su padre, me ha entregado estos papeles. *(Leyendo.)* "Al ídolo de mi alma, celestial y hermoseada Ofelia." Con toda sinceridad... No acaba de convencerme eso de hermoseada. Y ahora sigue: *(Leyendo.)* "En tu admirable blanco seno... etc., etc."

REINA. ¿Eso ha escrito Hamlet a vuestra hija?

POLO. Paciencia, un poquito de paciencia, señora. Quiero leer con toda fidelidad:

"Duda que sean de fuego las estrellas.
Duda, oh, mi Ofelia, que se mueva el sol
y hasta que la verdad sea embustera,
pero no dudes nunca de mi amor."

¿Eh? Esto me ha entregado mi hija, además de haberme repetido los ruegos que el Príncipe le ha formulado en diferentes tiempos y lugares.

REY. Pero ella, ¿cómo ha recibido su amor?

POLO. Señor, ¿qué pensais de mí?

REY. Te tengo por un hombre honrado.

POLO. Demostración: ¿qué hubierais pensado de mí si en presencia de este exaltado amor me hubierais visto... vaya..., dicho sea vulgarmente, haciendo la vista gorda? ¿Eh, eh? ¿Qué hubieseis pensado de mí? No que no, que no, que no. Inmediatamente puse manos a la obra y le dije a Ofelia: "El señor Hamlet, hija mía, es Príncipe, y está muy por encima de tu esfera. Y puesto que esto no debe ser, no será." Pero ¿y él? ¿Y el Príncipe Hamlet? ¡Ah! El se puso triste, muy triste y perdió el apetito y el sueño y empezó a desvariar... hasta despeñarse en la locura en que hoy está sumido, para su desgracia y dolor de todos.

REY. *(A Reina.)* ¿Qué os parece?
REINA. Polonio puede tener razón.
POLO. ¿He dicho yo alguna vez "esto es blanco" que después resultase negro?
REY. Ciertamente.
POLO. Señor, separad ésta de éste *(Cabeza y tronco.)* si no he dado en el "quid".
REINA. Mirad. Allí viene...
POLO. Os lo ruego. Dejadme con él a solas. *(Sale el Rey y la Reina.)*

ESCENA III

Polonio y Hamlet.

(Entra Hamlet, leyendo.)
POLO. ¡Oh, alteza, mi amado Príncipe! ¿Cómo seguís, señor Hamlet?
HAML. Bien, a Dios gracias.
POLO. ¿Me conocéis, señor?
HAML. Admirablemente bien. Eres Polonio, traficante en pescado.
POLO. ¿Que yo trafico en pescado? ¡Oh, señor!
HAML. Entonces, ojalá fueras tan honrado como un honrado traficante en pescado.
POLO. ¡Honrado, señor!
HAML. Ya me has oído. Según va el mundo, sólo hallarás un hombre honrado entre diez mil.
POLO. Muy cierto, señor.
HAML. Porque si el sol engendra gusanos en un perro muerto... Oye, ¿tú tienes una hija?
POLO. Sí, alteza.
HAML. Pues no la dejes pasearse al sol. No por nada, sino porque tu hija, si llega a concebir, concebirá de una manera calamitosa. Mucho cuidado. Lo que se dice mucho cuidado. *(Pausa.)*
POLO. ¿Qué leéis, señor?
HAML. Palabras, palabras... palabras...
POLO. Pero ¿qué sucede?
HAML. ¿Qué sucede en dónde? ¿Qué pasa?

POLO. Quiero decir, señor, que qué sucede en el libro que leéis, que de qué trata.

HAML. ¡Ah! Pues trata de mentiras muy gordas. Pues el bellaco de su autor dice aquí que los viejos tienen largas barbas grises y arrugas en el rostro y ojos que destilan ámbar y goma de ciruelo y que son inmensamente romos de inteligencia, aparte de que les flaquean las corvas que es una bendición. Todo esto, por mucha verdad que sea, pienso yo que no debe escribirse, porque al fin y al cabo tú mismo puedes ser un viejo, como yo, en cuanto te decidas a andar para atrás como el cangrejo.

POLO. *(Aparte.)* No deja de haber cierto método en su locura. *(En voz alta.)* Debíais quitaros del aire.

HAML. ¿Dónde? ¿En el sepulcro?

POLO. ¡Qué sentido tienen a veces sus respuestas! Señor, os pido licencia para retirarme.

HAML. No podías pedirme cosa que te diera de mejor grado.

POLO. A vuestras órdenes, señor. *(Entran Rosencrantz y Guilderstern.)* ¿Buscáis al señor Hamlet? Aquí está. *(A Hamlet.)* Dios os guarde, señor. *(Vase.)*

ESCENA IV

Hamlet, Rosencrantz y *Guildenstern.*

ROSEN. Señor.

GUILD. Mi amado señor.

HAML. ¡Oh, mis buenos amigos! Guillermo, Ricardo... ¿Cómo estáis? Pero decidme, ¿qué agravio le habéis hecho a la fortuna para merecer que os envíe aquí, prisioneros?

GUILD. ¿Prisioneros, señor?

HAML. Dinamarca es una prisión.

ROSEN. Lo es todo el mundo.

HAML. Evidente. Una prisión en la que hay muchos calabozos. Dinamarca es uno de los peores.

ROSEN. Perdonadnos, señor. Pero nos resistimos a creerlo.

HAML. Entonces, podéis decir que no lo es. Porque no hay nada bueno ni malo, sino cosas que a nosotros nos parecen buenas y cosas que nos parecen malas. Para mí, Dinamarca es una cárcel.

ROSEN. Acaso sea vuestra ambición la que haga que os lo parezca.

HAML. ¡Oh, Dios! Podían confinarme en una cáscara de nuez y yo sentirme rey del espacio infinito. Pero decidme, por nuestra amistad, ¿qué os ha hecho venir a Elsinor?

ROSEN. El placer de visitaros.

HAML. Tan pobre soy, que apenas si tengo gracias con que corresponder a vuestra cortesía. Pero no me engañéis. ¿No os han mandado a buscar? ¿Habéis venido por vuestro propio impulso? Vamos, sed francos conmigo.

GUILD. ¿Qué queréis que os digamos, señor?

HAML. Nada, sino la verdad. Habéis venido porque os han llamado. Algo que no sabéis ocultar, lo está confesando en vuestros ojos. Francamente... Nuestros buenos soberanos os han llamado a Elsinor...

ROSEN. Pero ¿con qué objeto?

HAML. Eso es lo que tenéis que decirme. Pero sed leales conmigo .. Por nuestra amistad, por nuestra juventud, por el mutuo cariño que nos profesamos, yo os conjuro a decirme la verdad lisa y llanamente. ¿Os han llamado, sí o no?

ROSEN. *(Aparte a Guildenstern.)* ¿Qué dices tú?

HAML. Cuidado, que no os quito ojo de encima. Si es verdad que me queréis, abridme vuestro pecho.

GUILD. Señor, nos han llamado.

HAML. Yo os diré para qué. Así, anticipándome, no faltaréis al secreto que habréis prometido al Rey y a la Reina. Hace algún tiempo, por una causa que se desconoce, he perdido toda mi alegría y me he dado a la meditación. Efecti-

vamente, tan apesadumbrado me siento, que el aparato magnífico de la tierra me parece no más que un estéril promontorio; que este dosel espléndido, mirad: ese arrogante firmamento, esa techumbre majestuosa recamada de centellas de oro, todo eso, en fin, sólo me parece un pestilente conglomerado de vapores. No se puede negar que el hombre es una obra maestra, que es noble su razón, profundo su conocimiento, admirable su forma, que se comporta como un ángel y penetra el sentido de las cosas como un Dios. Todo esto es verdad, y, sin embargo, para mí el hombre no es más que la quintaesencia del polvo.

ROSEN. Señor, por vuestro estado de ánimo deduzco que no han de ser bien recibidos los comediantes. Nos encontramos con ellos en el camino y vienen a ofrecerse a vuestra alteza.

ESCENA V

Dichos y Polonio.

POLO. Salud, señores.

HAML. Me atrevo a profetizar que viene a hablarme de los cómicos. Fijaos.

POLO. Señor, tengo algo que deciros.

HAML. Señor, tengo algo que deciros.

POLO. Los cómicos han llegado, señor.

HAML. ¡Bah, bah!

POLO. Por mi honor que es cierto, señor.

HAML. "Venga entonces cada cómico a lomos de su borrico."

POLO. Los mejores cómicos del mundo, siempre eminentes en cualquier género: cómico, histórico, pastoral, pastoral-cómico, trágico-histórico, trágico-cómico, histórico-pastoral, escena indivisible o poema ilimitado. Lo que se dice todo, todo, todo. *(Hamlet le coge de un brazo y le lleva a un balcón.)*

HAML. ¿Veis aquella nube que tiene la forma de un camello?
POLO. ¡Maravilloso! Exactamente la forma de un camello.
HAML. Yo creo que más bien parece una comadreja.
POLO. ¡Oh, maravilloso! Exactamente la forma de una comadreja.
HAML. Pues estaría por jurar que tiene la forma de una ballena.
POLO. ¡Maravilloso, maravilloso! ¡Maravilloso! Exactamente la forma de una ballena.
HAML. Pues que Dios te conserve la vista, viejo marrullero, zorro adulador.
ROSEN. Nosotros, con vuestra venia, nos retiramos.
HAML. Os repito la satisfacción con que he vuelto a veros.
ROSEN. Gracias, señor.
GUILD. Alteza... *(Vânse.)*

ESCENA VI

Hamlet, Polonio y cuatro o cinco cómicos.

HAML. Bienvenidos, señores. ¡Oh, mis buenos amigos! ¡Cuánto me alegra de veros! ¡Oh, mi antiguo camarada! Tu rostro se ha arrugado un poco desde la última vez que te vi. ¡Oh, señorita y dueña mía! Vos, como siempre, acercándose cada vez más al cielo. En fin, maestros, sed todos bien venidos. Y manos en seguida a la obra. Como los halconeros franceses, a volar tras lo primero que veamos. Venga un hermoso y apasionado parlamento. "El feroz Pirro muestra su horrenda y tenebrosa figura. De pies a cabeza está todo teñido de sangre, sangre de padres, madres, hijas e hijos, sangre ya tostada y endurecida por las hogueras de las calles incendiadas, que iluminan con diabólica luz la matanza de su señor. Ardiendo en cóle-

ra y tinto en sangre coagulada, el infernal Pirro corre en busca del anciano Príamo."

POLO. Vaya recitado, vaya gesto y vaya discreción.

HAML. *(Al cómico primero.)* Recita siempre con soltura y naturalidad porque de recitar a gritos preferible será que vocee la comedia el pregonero. Y cuida de no azotar el aire con la mano, pues hay que usar moderación en todo. Aun en el más furioso torbellino de tu pasión debes producirte con mesura y templanza. No olvides mi consejo, buen amigo.

COM. 1.º Lo haré como me indica vuestra alteza.

HAML. Tampoco vayas a pecar por carta de menos, expresándote con excesiva frialdad. En esto, como en todo, tu propia discreción debe guiarte. Que la acción corresponda a la palabra y la palabra a la acción, poniendo siempre especialísimo cuidado en no traspasar la sencillez de la Naturaleza, porque todo lo que es afectado se aparta del arte escénico, cuyo objeto, lo mismo en su origen que en nuestros días, ha sido y es reproducir la humanidad como en un espejo.

COM. 1.º Espero que podamos complacer los gustos de vuestra alteza.

HAML. Además, que los que representen papeles de graciosos no hagan más que lo indicado en el texto. Porque los hay que ellos mismos se ponen a dar risotadas aun en los momentos más interesantes de la obra y todo por hacer reir a unos cuantos bobos insustanciales. *(A Polonio.)* Mi buen amigo, cuidaréis de que nada falte a los cómicos.

POLO. Serán tratados como se merecen.

HAML. Mucho mejor, hombre, mucho mejor. Dad a cada uno el trato que se merece, y ¿quién escapará de una buena paliza? Acompañadlos. Y avisad a Horacio. Necesito hablarle.

POLO. Venid, señores.

HAML. *(Al Cómico primero.)* Tú quédate un momento. *(Salen los demás y Polonio.)*

ESCENA VII

Hamlet y Cómico primero.

HAML. Escúchame: todos creen que habéis venido a Palacio casualmente. ¿No habrás dicho a nadie que he sido yo quien te ha llamado?

COM. 1.° Señor, sé guardar un secreto.

HAML. Bien. Ahora has de decir que necesitáis marcharos mañana mismo a fin de que representéis esta misma noche "La muerte de Gonzago".

COM. 1.° Como gustéis, señor.

HAML. Y no dejes de intercalar esos doce o quince versos que te he escrito. ¿Lo harás así?

COM. 1.° No soy más que vuestro servidor, alteza.

HAML. Puedes marcharte. *(Sale el Cómico.)*

ESCENA VIII

Hamlet.

HAML. *(Solo.)* ¡Qué miserable soy! ¡Qué vil esclavo! ¿No es tremendo que ese cómico, por pura ficción, pueda subyugar su alma a su propio antojo hasta el punto de empalidecer, llorar, angustiarse, quedar sin voz, adaptar, en fin, su naturaleza entera al curso de su pensamiento? ¡Y todo por nada! ¡Por el argumento de la comedia! ¿Qué haría él si tuviese los motivos e impulsos de dolor que yo tengo? Y, sin embargo, yo no sé más que dudar... sin decidirme a nada efectivo. ¡Dudar! ¡Dudar siempre! ¡Seré cobarde! Venid todos, todos y llamadme cobarde una y mil veces. ¡Qué abominación! Yo, el hijo de un padre asesinado, incitado por el cielo y la tierra a tomar venganza, desahogando con palabras y palabras mi corazón como una mujerzuela.

ESCENA IX

Hamlet y Horacio.

HAML. ¿Quién es? ¡Ah, Horacio!

HORA. Aquí me tenéis, amable señor, a vuestras órdenes.

HAML. Horacio, eres el hombre más hombre de cuantos he tratado en mi vida.

HORA. ¡Oh, querido Príncipe!

HAML. No creas que lo digo por adularte. ¿Qué puedo esperar de ti, que no tienes más rentas que tu buen ingenio? Nunca fué buen negocio el adular a un pobre. Te hablo así porque siempre, feliz o desgraciado, has recibido con igual semblante sereno los favores y reveses de la Fortuna. ¡Dadme un hombre como tú que no sea esclavo de sus pasiones y yo le guardaré en el seno de mi corazón, como te guardo a ti! Tú eres mi amigo, mi verdadero amigo. En cambio, Ricardo y Guillermo, que fueron camaradas míos de estudios, como lo fuiste tú, ellos, en cambio, parecen vendidos a la causa del Rey. El Rey les ha encargado que descubran el motivo de mi tristeza y de mi preocupación. Tú eres un hombre, Horacio. Ellos, por servir al Rey, serán capaces de todas las traiciones.

HORA. De cualquier manera, muchas gracias, señor, si no por vuestra lisonja, por vuestra cortesía.

HAML. No hablemos más de esto. Préstame atención. Esta noche, dentro de unos minutos, se representará un drama ante el Rey. Hay en él una escena de cierto parecido con las circunstancias que te conté de la muerte de mi padre. He oído referir que algunos delincuentes, asistiendo a un espectáculo teatral que les recordaba su crimen, se han sentido tan profundamente impresionados por el solo hechizo de la escena, que en el acto han confesado su delito. Mientras se desarrolla el drama, yo observaré el

semblante del Rey y por poco que se altere ya sé cuál ha de ser mi obligación inmediata.

HORA. Bien, señor. Ahora decidme en qué puedo ayudaros.

HAML. Te suplico que cuando llegue el drama a su escena culminante observes a mi tío con toda la atención de tu alma. Si no descubre su crimen oculto, el espíritu que vimos es fantasma del infierno y todas sus palabras imaginaciones y mentiras. Observa al Rey atentamente, Horacio. Yo clavaré también mis ojos en su semblante y después cambiaremos nuestras observaciones para enjuiciar con las máximas garantías de acierto.

HORA. Todo se hará cual lo indicáis, señor.

HAML. Ahora márchate y procura que la función empiece cuanto antes. Ahí vienen mis dos solapados enemigos. Vienen a sonsacarme. Veremos si lo consiguen.

HORA. Con vuestra venia, Príncipe.

HAML. Príncipe y amigo, debes decir.

HORA. Como gustéis, señor. *(Sale.)*

ESCENA X

Hamlet, Rosencrantz y *Guildenstern.*

GUILD. Amable señor. Permitidme que os diga unas palabras.

HAML. Toda una historia, señor mío.

GUILD. El Rey, señor...

HAML. ¿Qué le pasa al Rey?

GUILD. Está un poco intranquilo.

HAML. ¿Por la bebida?

GUILD. Por la preocupación.

HAML. Pues id a contárselo a su médico. El remedio que yo puedo darle acaso sea peor que la enfermedad.

GUILD. La Reina, vuestra madre, está sumida en la

mayor aflicción desde que os ve triste y preocupado.

HAML. Señor, mi razón está enferma.

ROSEN. Vuestra rara conducta sobrecoge y asombra a vuestra madre.

HAML. ¡Oh, hijo maravilloso que así puede asombrar a su madre! ¿Tenéis algún otro asunto que tratar conmigo?

ROSEN. Señor, en otro tiempo me estimabais.

HAML. Os estimo todavía.

ROSEN. Amado señor mío, ¿qué ha podido motivar esta alteración de vuestro carácter? ¿Por qué no queréis abrir el pecho a unos buenos amigos?

HAML. No sé. Sólo sé que no soy nadie.

ROSEN. ¿Que no sois nadie, contando con el voto del mismo Rey para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAML. *(Se le queda mirando fijamente. Pausa. De pronto se dirige a cualquier puerta o salida.)* ¡Hola! ¡Aquí! ¡Pronto! *(Entra un criado.)* Tráeme una flauta. Pídesela a los cómicos. *(Sale el criado.)*

GUILD. ¿Qué pretendéis, señor?

ROSEN. Alguna humorada de vuestra alteza.

HAML. Vais a verlo en seguida. ¿No os habéis propuesto sonsacarme y hacerme abrir el pico? *(Vuelve el criado y entrega la flauta al Príncipe. A Guildenstern.)* Tomad esta flauta.

GUILD. *(Tomándola.)* Decidme, señor...

HAML. Tocadla.

GUILD. No sé.

HAML. Tocadla.

GUILD. Os digo que no sé, señor.

HAML. ¡Tocadla, os lo ruego!

GUILD. Creedme, alteza...

HAML. Os lo suplico.

GUILD. Es que no sé manejarla.

HAML. Pues es tan fácil como mentir. Se tapan estos agujeritos con los dedos, se sopla y ella solita exhalará la más dulce música. Mirad: éstas son las llaves.

GUILD. Bien. Pero como no he aprendido a tocarla, cuanto ahora quisiera hacer sería inútil.

HAML. ¿Y por menos que una flauta me tenéis a mí, pues que intentáis hacerme sonar a vuestro antojo? ¿Cómo pretendéis conocer mis registros? Es inútil negarlo. Pretendéis arrancarme lo más íntimo de mis secretos; intentáis sondearme, para que emita desde la nota más grave a la más aguda de mi diapasón. ¡Vive el cielo! Tomadme por el instrumento que mejor os plazca, y por muchas vueltas que me deis yo os aseguro que no sacaréis de mí el más leve sonido. *(Marcha Danesa. Suenan las trompetas.)*

ESCENA XI

Hamlet, el *Rey*, la *Reina*, *Polonio*, *Ofelia*, *Horacio*, *Rosencrantz*, *Guildenstern*, séquito y guardia real.

REY. ¿Cómo va nuestro querido Hamlet?

HAML. Perfectamente. Me mantengo del aire, como los camaleones, y engordo a fuerza de devorar esperanzas. ¡Cosa estupenda, si de ese modo pudierais cebar vuestros faisanes!

REY. Nada tengo que ver con esa respuesta, Hamlet. Esas palabras no son para mí.

HAML. Bueno. Ni para mí tampoco. *(A Polonio.)* ¿Es cierto, amigo, que habéis representado comedias en la Universidad?

POLO. Sí, alteza, y tenía fama de buen actor.

HAML. ¿Cuál era tu papel favorito?

POLO. El de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAML. Verdaderamente, bruto se necesita ser para matar a un becerro de tu categoría. *(A Horacio.)* ¿Están preparados los cómicos?

ROSEN. Sólo aguardan vuestras órdenes.

REINA. Querido Hamlet, ven aquí, siéntate a mi lado.

HAML. No, mi buena madre. He aquí a Ofelia. Es imán más atrayente.

POLO. *(Al Rey.)* ¡Oh! ¿Habéis visto? ¿Estáis oyendo?

HAML. *(A Ofelia.)* Señora mía, ¿me permitís reposar en vuestra falda? *(Y se sienta en el suelo a los pies de Ofelia.)*

OFELIA. No, alteza.

HAML. Quiero decir, reposar la cabeza en vuestra falda.

OFELIA. ¡Ah, mi señor!

HAML. ¿Creíais que me refería a lo que los rústicos llaman un colchón de campo?

OFELIA. No creía nada, mi señor.

HAML. Idea excelente la de reposar entre las rodillas de una doncella.

OFELIA. ¿Qué decís, señor?

HAML. Nada.

OFELIA. Estáis de buen humor, alteza.

HAML. ¿Quién, yo?

OFELIA. Sí, alteza.

HAML. ¿Y qué ha de hacer uno si no estar alegre? Ved qué contenta parece mi madre y hace dos horas que mi padre murió.

OFELIA. No, alteza. Hace más de dos meses.

HAML. ¿Tanto tiempo? Entonces, vista el diablo de luto, que yo me haré un traje de marta cibelina. ¡Oh, cielos! ¿Dos meses ha que murió y no le han olvidado todavía? Increíble, portentoso, sobrenatural. *(Sale el Cómico prólogo.)*

C. PRO. Señores, paciencia y perdón para nuestra humilde representación.

HAML. ¿Eso es un prólogo o un mote de sortija?

OFELIA. En verdad que ha sido muy breve.

HAML. Como amor de mujer. *(Entran la Actriz Reina y el Actor Rey.)*

A. REY. Hoy cúmplense treinta años de nuestra boda.

A REIN. Que otros treinta pasen antes que nuestro amor se extinga. Pero, ¡ay de mí!, hace algún tiempo que te observo triste y pesaroso.

A. REY. Es que la salud empieza a faltarme y me apena el pensamiento que tú me sobrevivas y vuelvas a contraer felices nupcias.

A. REIN. ¡Calla, por Dios! ¡Y que El me maldiga si llego a ser de otro hombre!

HAML. ¡Admirable, admirable!
A. REIN. Nunca es el amor el que incita a un segundo matrimonio.
A. REY. Piensa que, a menudo, quebrantamos nuestras resoluciones. Que lo que nos proponemos en el calor de la pasión, calmada la pasión, lo abandonamos. Hoy piensas que nunca has de tomar segundo esposo... Pero tu buena intención morirá cuando yo muera.
A. REIN. Que la tierra me niegue el sustento y el cielo la luz. Que se pierdan todas mis esperanzas y todas mis ilusiones se marchiten. Que así en este mundo como en el otro la adversidad me persiga implacablemente, si algún día se enlazan mis brazos a un segundo esposo...
HAML. ¿Y si a pesar de todo se casa otra vez?
A. REY. Solemne, en verdad, ha sido tu juramento. Pero déjame reposar un instante, amada mía. Languidecen mis fuerzas y quisiera conciliar el sueño. *(Se duerme.)*
A. REIN. Que el sueño te sea propicio y que nunca entre nosotros se interponga la desgracia. *(Sale.)*
HAML. ¿Qué os parece el drama, señora?
REINA. Me parece que la dama promete demasiado.
HAML. ¡Oh, no os alarméis! Cumplirá su palabra.
REY. ¿Te has enterado bien del argumento? ¿No hay en él nada ofensivo?
HAML. Ni soñarlo. Todo es pura broma. Quizás veneno en broma. Pero nada ofensivo.
REY. ¿Cómo se titula la obra?
HAML. "La Ratonera". Es un título metafórico. El drama representa un asesinato cometido en Viena. Ahora lo veréis. ¡Es un enredo espeluznante! Pero a nosotros ¿qué nos importa? ¿Vuestra Majestad no es inocente? ¿No es inocente la Reina? ¿No soy yo inocente? ¿No es inocente todo el mundo? Pues entonces que cocee el rocín lleno de mataduras. Pero no nosotros, que no tenemos el lomo desollado. *(Entra un Cómico en la plataforma.)*
HAML. Este es un tal Luciano, hermano del Rey.

OFELIA. Señor, estáis admirable en vuestro papel de coro-explicador.

HAML. Subid a escena con vuestro enamorado y os aseguro que sabré explicar igualmente vuestras distracciones y jugueteos.

OFELIA. ¡Qué agudo, señor, qué agudo!

HAML. Tanto que con un suspiro embotaríais la punta de mi ingenio. *(Al Cómico que ha salido.)* ¡Vamos, tú, empieza de una vez! ¡Mala peste! Venga... "¡Grita venganza el cuervo, grita venganza!"

COM. 2.° Perversa la intención, pronta la mano, preparado el veneno, propicia la hora, cómplice la ocasión y sin testigos. ¡Oh, violenta ponzoña, que tus mágicas virtudes le arranquen instantáneamente la vida en plena salud! *(Vierte el veneno en el oido del Actor Rey.)*

HAML. *(Mirando fijamente al Rey.)* ¡Fijaos, señor! Este es hermano del Rey, a quien envenena en el jardín para usurparle la corona. La historia es verdadera. Ahora veréis cómo la Reina se enamora del asesino. *(El Rey se levanta.)*

OFELIA. ¡Se ha levantado el Rey!

HAML. Pues no sé de qué se asusta.

REINA. *(Al Rey.)* ¿Qué os pasa, señor?

POLO. *(A los Cómicos.)* ¡Suspendida, suspendida la representación!

REY. ¡Traed luces, luces! ¡Salgamos!

TODOS. ¡Luces! ¡Paso al Rey! ¡Paso a la Reina! *(Salen el Rey, la Reina y algunos cortesanos.)*

ESCENA ULTIMA

Hamlet, Horacio, los *Cómicos* y algunas damas y caballeros.

HAML. ¡Ja, ja, ja, ja!
El Rey que huye
y yo que río.
¡Se acerca tu venganza,
padre mío!

¡Ay, mi buen Horacio! Mil libras apuesto a que la sombra no me engañó. ¿Observaste al Rey en el trance del envenenamiento? ¡Ja, ja, ja! ¡Música, música!

Sale el Rey tan corriendo,
que aún corriendo está.
Si al Rey no le gusta el drama...
Por algo será.
Por algo será.

¡Vamos! ¡Que suenen flautas y caramillos! ¡Alegrémonos todos, que, aunque no lo parezca..., es noche de triunfo!

TELÓN

ACTO TERCERO

Otro salón de Palacio.

ESCENA I

El *Rey*, la *Reina*, *Polonio*, *Ofelia*, *Rosencrantz* y *Guildenstern*.

REY. *(A Rosencrantz y Guildenstern.)* ¿Y no hay medio posible de arrancar a Hamlet el secreto de sus meditaciones? Sea cual fuere la causa del trastorno de su ánimo, ahora, lo interesante, lo indispensable es saber qué se propone, adónde irán a parar su ensimismamiento y aun los delirios de su razón perturbada. Abandonado Hamlet a su propio albedrío, significa un grave peligro para todos.

ROSEN. El mismo confiesa que se siente perturbado. Pero de ahí, a revelarnos el fin que se propone, va un mundo de distancia.

REINA. ¡El fin que se propone! ¿Lo sabe él mismo? ¡Pobre hijo mío!

GUILD. Por otra parte, tampoco se muestra muy propicio a dejarse sondear... Y es demasiado inteligente para que le puedan vencer malicias y habilidades.

REY. *(A Polonio.)* ¿Y tu hijo, Laertes? ¿Tienes seguridad de que es hoy el día de su llegada?

POLO. Señor, si no fallan los cálculos de las cartas marítimas... De atenernos a los caprichos de la Fortuna incierta, mi adorado hijo Laertes llegará hoy... o no llegará hoy. Pero yo me atengo a los dictados de mi corazón, y según ellos, llegará hoy mismo, sí, y lo más pronto posible.

REY. Laertes ha sido también buen compañero de Hamlet. Acaso tu hijo pueda conseguir lo que nosotros hasta ahora no hemos logrado.

REINA. Que así sea la voluntad de Dios.

REY. De cualquier modo, gracias, muchas gracias por vuestros servicios.

ROSEN. Señor... Señora... *(Vanse.)*

ESCENA II

Dichos, menos *Rosencrantz* y *Guildenstern.*

REY. Retiraos también vos, mi amada Gertrudis. Hemos mandado llamar a Hamlet para que se encuentre aquí con Ofelia, como por casualidad. Polonio y yo, haciendo de espías, pero muy leales espías, nos apostaremos de manera que, viendo sin ser vistos, podamos ahondar en los propósitos de Hamlet. No quiero dejar desaprovechado el menor recurso.

REINA. Os obedezco. *(A Ofelia.)* Y tú, Ofelia, ojalá que tus encantos fueran la causa del trastorno de Hamlet, pues así podré esperar que tus virtudes le conduzcan de nuevo a la razón, en bien de tu honor y del suyo.

OFELIA. Gracias, señora. *(Sale la Reina.)*

POLO. Vamos, Ofelia. *(Al Rey.)* La infeliz está un poco alborotadilla con eso de la llegada de su hermano. ¡Ah! Porque eso sí... Son un modelo de amor fraternal. Y es que se quieren tanto...

REY. Bien, bien, Polonio. Ahora lo interesante es instruirla en lo que debe hacer.

POLO. Perdón, señor. Razón tenéis por demás. Lo reconozco. Hablo demasiado... Ofelia, Ofelia, hija mía... Haz como que lees en este libro a fin de que la ocupación sirva de pretexto a tu soledad. *(Al Rey.)* Si os place, mi señor, apostemonos aquí. *(Se refiere detrás de unas cortinas.)* ¿Eh? Que viene, que viene. ¡Al escondite, al escondite! *(Salen el Rey y Polonio.)*

ESCENA III

Ofelia y Hamlet.

HAML. *(Profundamente ensimismado.)* Ser o no ser... He aquí el problema. ¿Qué es más noble para el espíritu?... ¿Sufrir con paciencia los reversos de la Fortuna o haciendo frente a las pesadumbres acabar con ellas?... Morir... dormir... No más. ¡Y pensar que basta un sueño para acabar con las angustias del corazón, con los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de esta pobre carne mortal!... ¿Cómo no desear este fin? ¡Morir!... ¡Dormir!... ¡Dormir!... Tal vez soñar... ¡Soñar! He aquí el obstáculo. Porque la incógnita de los sueños que se pueden soñar en ese dormir que es la muerte, porque sólo ese misterio es lo que nos detiene... porque sólo ese misterio es lo que nos obliga a soportar una vida tan larga. ¿Quién, si no, querría sufrir el azote del tiempo, el dominio del opresor, las injurias del orgulloso, la agonía del amor desdeñado, la demora de la

justicia, las insolencias del poder y las vejaciones que el verdadero mérito sufre de los necios encumbrados?... ¿Quién sufriría todo esto pudiendo por sí mismo labrar su descanso con solo un puñal? ¿Quién se resignaría a llevar a cuestas la pesada carga de la vida, si no fuera por ese terror a un algo más después de la muerte?... ¡Oh, muerte!... ¡Región inexplorada de donde no retorna ningún viajero!... Así la conciencia nos hace a todos cobardes... Y así la acción es detenida por el pensamiento... Y así grandes empresas se pierden en esta duda... terrible duda... Ser o no ser... He aquí el problema...

OFELIA. Mi buen señor...

HAML. ¡Oh, hermosa Ofelia!... Mujer, en tus oraciones, acuérdate de mis muchos pecados.

OFELIA. ¿Cómo estáis, señor?

HAML. Bien, bien, bien. Gracias humildemente.

OFELIA. Señor, tengo recuerdos de vuestra alteza que desearía devolveros. Tomadlos. Os lo suplico.

HAML. Yo no te he dado nunca nada.

OFELIA. Bien sabéis que sí, y con ellos tan dulces palabras que los hicieron mucho más preciados.

HAML. ¿Eres honesta?

OFELIA. ¡Señor!

HAML. ¿Eres hermosa?

OFELIA. ¿Qué queréis decir?

HAML. Si eres honesta y hermosa, no consientas a tu honestidad tratos con tu hermosura.

OFELIA. Señor, ¿podría tener la hermosura mejor comercio que con la honestidad?

HAML. ¡Um!... No te fíes. Descuidate, y has de ver la honestidad haciendo de alcahueta a la hermosura. Ofelia, yo te amaba.

OFELIA. Verdaderamente, así me lo hicisteis creer.

HAML. Pues no debiste haberme creído. ¿Para qué quieres ser madre de pecadores? Yo me tengo por un ser pasablemente bueno y, sin embargo, de tales cosas podría acusarme que valdría más que mi madre no me hubiese parido. Soy

muy soberbio, vengativo, ambicioso. ¿Por qué criaturas como yo han de arrastrarse entre cielo y tierra? Todos somos unos bribones redomados. Ofelia, yo te lo digo: no te fíes de ninguno de nosotros. ¡Vete a un convento!... ¿Dónde está tu padre?

OFELIA. Señor, en casa...

HAML. Pues cierra bien la puerta para que no haga el tonto más que allí dentro.

OFELIA. ¡Dios mío, salvadle!

HAML. Ten muy presente, si te casas, que aunque seas tan casta como el hielo y tan pura como la nieve, no te librarás de la calumnia... ¡Vete a un convento, vete! Y si te empeñas en casarte, cásate con un necio. Porque los hombres inteligentes se saben de memoria qué clase de monstruos hacéis de ellos. ¡Vete a un convento, vete! Y tanto mejor cuando más pronto. Adiós. *(Medio mutis.)*

OFELIA. ¡Potencias celestiales, volvedle la razón!

HAML. Me han dicho también que os pintáis. ¡Admirable! Dios os ha dado una cara, y vosotras, no satisfechas, otra os hacéis. Pero no es esto sólo. ¿Y ese gracioso contoneo, y ese andar a saltitos, y todos esos melindres, en fin, que no son más que liviandad disfrazada de candidez? Vete. No quiero decir más. Eso, todo eso es lo que me ha vuelto loco. Ofelia, no me cansaré de decírtelo: vete a un convento. *(Vase.)*

ESCENA IV

Ofelia, el *Rey* y *Polonio.*

OFELIA. ¡Oh, qué noble entendimiento destrozado! La flor de todo el reino, el modelo de toda cortesía, caído, derrumbado para siempre. ¡Ay de mí! ¡Haber visto lo que he visto y ver lo que veo! *(Entran el Rey y Polonio.)*

REY. Nada. Hay que decidirse. Cuanto ha dicho,

aunque un poco extraño, no parece locura. Pero esa misteriosa actitud, lo repito, es un peligro para todos. Ya está decidido: le enviaré a Inglaterra en demanda del tributo que no quieren pagarnos. Tal vez el mar y la distracción del viaje le salven de sus preocupaciones. ¿Qué te parece, Polonio?

POLO. ¿Que qué me parece? Ofelia, date una vueltecita por ahí. Las doncellas no deben asistir a estas graves deliberaciones políticas.

OFELIA. Señor... Padre mío... *(Vase.)*

POLO. Pues, señor, me parece muy bien, admirablemente bien, definitivamente bien. Ahora que... lo cortés no quita lo valiente. Quiero con esto significarle, señor, que sigo creyendo que el origen de su mal reside en el amor desdeñado. No es pasión de padre. Pero lo dicho. Es cosa de amor desdeñado. *(Viéndola entrar.)* ¡Oh, la Reina!

ESCENA V

El *Rey*, la *Reina* y *Polonio*.

REY. Soy de opinión, Gertrudis, que Hamlet debe ser alejado de la Corte.

REINA. Oh, considerad, señor, que aunque sea como es... es mi hijo.

POLO. Antes de tomar esa medida se me está ocurriendo otra idea, otra idea luminosa...

REY. Dime...

POLO. Que la Reina, su madre, le reprenda, cariñosa, pero enérgicamente. Acaso logre la ternura maternal lo que el temor al castigo del Rey no ha podido conseguir hasta ahora.

REY. Muy bien pensado. Quiero agotar todos los recursos imaginables. Id a buscar al Príncipe en seguida.

POLO. En seguida. Señor... Señora... *(Vase.)*

REY. Dile que sus genialidades y fantasías han sido de un gusto deplorable y que sólo tu gracia

ha podido defenderle de mi justa indignación. *(Vase.)*

ESCENA VI

Hamlet y la *Reina.* A su tiempo la *Sombra.*

HAML. Aquí estoy, madre. ¿Qué sucede?
REINA. ¿Sabes que tienes muy ofendido a tu padre?
HAML. ¿A mi padre? A vuestro segundo esposo, querréis decir. Y yo he de contestaros: Madre, tenéis muy ofendido a mi padre.
REINA. Vamos, Hamlet. Tu respuesta es una insensatez.
HAML. Vamos, madre... Vuestra pregunta es una crueldad.
REINA. ¿Qué dices, Hamlet?
HAML. ¿De qué os admiráis?
REINA. ¿Has olvidado quién soy?
HAML. ¡No, por la cruz bendita! Sois la Reina, la esposa del hermano de vuestro primer marido, y sois mi madre, que ojalá no lo fuerais.
REINA. Está bien. Te enviaré algunos que sepan entenderse contigo.
HAML. *(Obligándola a sentarse.)* Venid, venid. Sentaos. No os iréis de aquí hasta que os haya puesto delante un espejo en el que podáis veros el alma.
REINA. ¡Oh, qué intentas! ¿Cómo te atreves? ¡A mí! ¡A mí! ¡Favor a la Reina!
POLO. *(Detrás de una cortina.)* ¡Favor! ¡Favor! ¡Socorro!
HAML. *(Desenvainando la espada.)* ¿Qué es eso? ¿Qué alimaña grita ahí detrás? *(Atravesando la cortina con su espada.)* Pues sea lo que sea, apuesto un ducado a que ya no existe.
POLO. ¡Oh, muerto soy!
REINA. ¡Oh! ¿Qué has hecho?
HAML. No lo sé. ¿Era el Rey, por ventura?
REINA. ¡Oh, qué desgracia! ¡Qué crimen!

HAML. Crimen, locura, tan terrible, madre mía, como matar a un Rey y casarse con su hermano.

REINA. ¡Matar a un Rey!

HAML. Eso he dicho, señora. *(Levanta la cortina y descubre el cadáver de Polonio.)* ¡Ah! ¿Eras tú, despreciable, imprudente, necio, entrometido? Creí que eras alguien un poco mas importante. Has corrido la suerte que merecías. Ya ves cómo, a las veces, resulta peligroso meterse en lo que no importa. Silencio, Polonio. De ahora en adelante, Polonio, silencio. *(A la Reina.)* Sentaos y permitid que os hable al corazón, si el hábito de pecar no lo ha endurecido de tal modo que ya sea incapaz de todo sentimiento.

REINA. ¿Qué he hecho yo para que te atrevas a pronunciar palabras tan duras contra mí?

HAML. Una accion que hace los votos conyugales más falsos que juramentos de tahur. Una acción que arranca la fe del más creyente y hace de la misma religión una hueca rapsodia de palabras. Una acción que enciende de rubor los cielos y la tierra.

REINA. ¿Qué acción es ésa, que así inflama tu lengua contra tu madre?

HAML. Mirad este lienzo y mirad este otro. Retratos son de dos hermanos. Mirad la divina gracia del uno, su noble frente, su enérgica y franca mirada, su apostura llena de majestad. No parece sino que los dioses todos quisieron contribuir al prodigio de su perfección. Este era vuestro esposo. Era... Mirad ahora: ahí tenéis a vuestro esposo actual, el que envenenó a su hermano. ¿Tenéis ojos? ¿Cómo habiendo vivido en esta cumbre *(Por el retrato del padre)*, podéis revolcaros ahora en este pantano cenagoso? ¡Ah! ¿Y tenéis ojos? No me digáis que el amor os disculpa, porque a vuestra edad la razón puede más que todas las pasiones. Decidme, ¿qué razón ha podido haceros pasar del uno al otro? ¿Qué espíritu infernal

pudo cegaros hasta el extremo de haceros cometer esa locura? ¡Oh, vergüenza! ¡Oh, vergüenza!

REINA. ¡Basta, Hamlet, por favor! No me obligues a mirar dentro de mí, que no quiero horrorizarme.

HAML. ¡Y todo, para vivir en la hedionda corrupción de un lecho incestuoso!

REINA. ¡Oh, basta, basta! ¡Tus palabras penetraron como puñales en mis oídos! ¡No más, hijo mío!

HAML. ¡Y todo para hacerse esposa de un miserable, un malvado, un asesino! ¡Un rey de farsa, un salteador del poder y del trono!

REINA. ¡Basta!

HAML. ¡Un rey de andrajos y remiendos! *(Aparece la Sombra. Hamlet cae de rodillas.)* ¡Protegedme con vuestras alas, custodios celestiales! ¿Qué quieres, amada sombra?

REINA. ¡Ay de mí! ¡Está loco!

HAML. ¿Vienes a reprenderme por mi tardanza en el cumplimiento de tu mandato? ¡Oh, háblame! ¡Háblame!

REINA. ¡Piedad, Dios mío!

HAML. ¿Qué os pasa, señora?

REINA. A ti es a quien pregunto qué te pasa para que fijes así tus miradas en el vacío y hables con el aire incorpóreo. El alma, desatinada, se asoma a tus ojos y el cabello se te eriza como un ejército sorprendido en la noche por el toque de alarma. ¡Hijo de mi vida! Serénate, tranquilízate. ¿Qué miras? ¡Dime!

HAML. Le miro a él, a él. ¡Mirad qué pálido fulgor hay en su rostro! ¡Su aspecto y el relato de su tragedia a las mimas piedras ablandaran! *(A la Sombra.)* No me mires así, que tu triste mirada puede restarme ímpetus y fiereza para cumplir mi propósito. Ten en cuenta, ¡oh, amada sombra!, que para el logro de mi acción debe correr sangre, pero no lágrimas.

REINA. ¿A quién dices eso?

HAML. Pero, ¿y tú? ¿No ves nada?

REINA. Nada en absoluto..., a no ser cuanto hay a mi alrededor.

HAML. ¿Ni has oído nada tampoco?

REINA. Nada más que tu voz.

HAML. ¡No, no es posible! ¡Mirad! ¡Allí! ¡Allí! ¡Es mi padre! ¡Mi padre! ¡Ya se aleja! ¡Ya desaparece! ¡Padre! ¡Padre mío! ¡Padre mío! *(Desaparece la Sombra.)*

REINA. Todo es creación de tu cerebro, invención de tu delirio.

HAML. ¿Delirio decís? Mi pulso se mueve tan a compás como el vuestro. Cuanto he dicho no es locura. Ponedme a prueba y os lo repetiría todo palabra por palabra. Madre, por amor de Dios, no os hagáis la ilusión de creer que es mi locura la que habla y no vuestro delito. No. Confesaos al cielo, arrepentíos de lo pasado, evitad lo venidero y no arrojéis estiércol a la cigaña si no queréis aumentar su lozanía.

REINA. ¡Oh, Hamlet, me has partido por medio el corazón!

HAML. Pues arrojad la parte podrida y vivid más pura con la otra mitad. Buenas noches. Pero no volváis al lecho maldito. Ya que no seáis virtuosa, fingidlo al menos. Venceos esta noche, con lo que haréis más fácil la próxima abstinencia, y aún más fácil la siguiente, que la costumbre casi puede hacer cambiar el sello de la Naturaleza. Buenas noches otra vez. Y cuando aspiréis sinceramente a la gracia del cielo yo pediré para vos la bendición divina. *(Señalando a Polonio, muerto.)* En cuanto a este buen señor, me arrepiento de mi delito. Pero quiso Dios castigarme a mí con este remordimiento, y a él con el enojo de mi mano armada. Voy a ocultarle y ya responderé como debo de la muerte que le di. Y otra vez, buenas noches. Pero... sólo una palabra más, señora.

REINA. ¿Qué quieres?

HAML. Mejor será que no hagáis nada de lo que os he recomendado. Volved junto al rey ebrio, y por un par de miserables caricias, confesadle que no estoy loco de verdad, sino que finjo mi locura. ¿Verdad que así lo haréis?

REINA. Puedes estar seguro de que si las palabras se forman del aliento y el aliento de vida, no queda vida en mí para repetir lo que me has dicho.

HAML. Este buen hombre *(por Polonio)* me obligará a servirle de cargador. Le llevaremos arrastrando. Madre, buenas noches. Verdaderamente, es maravilla que este inveterado charlatán se esté ahora tan calladito y tan serio. Venid, señor mío, a ver si acabamos de una vez con vuestra señoría. ¡Buenas noches! *(Vase arrastrando el cuerpo de Polonio.)*

ESCENA VII

La *Reina*, el *Rey, Rosencrantz* y *Guildenstern.*

REY. Qué, Gertrudis, ¿cómo está Hamlet?

REINA. Loco como el mar y el viento cuando ambos disputan cuál es más poderoso. En su arrebato, como oyese un rumor detrás del tapiz, se puso a gritar: "¡Una alimaña! ¡Una alimaña!", y sacando su espada dió muerte con ella al pobre Polonio, que estaba allí escondido.

REY. ¿Ves, ves la amenaza que se cierne sobre todos si dejamos a Hamlet en libertad? Y ahora, ¿cómo vamos a responder de este crimen? Me culparán a mí, que no supe atar corto y encerrar a ese perturbado. Además, según todos los cálculos, antes que amanezca llegará Laertes, su hijo. Me pedirá cuentas de la muerte de su padre y yo no sabré qué responderle, porque la verdad de lo ocurrido es tan extraordinaria que más mentira parece que la mentira más increíble. Pero, ¿y Hamlet? ¿Dónde está Hamlet?

REINA. No sé. Llevóse arrastrando el cuerpo de Polonio.

REY. ¡Oh, Gertrudis, ven conmigo! Apenas salga el sol haremos que se embarque y se aleje de aquí. *(A Rosencrantz y Guilderstern.)* Amigos míos, id a buscar a Hamlet, tratad de persuadirle y llevad el cuerpo a la capilla. *(Salen el Rey y la Reina.)*

ESCENA VIII

Guildenstern, Rosencrantz; en seguida *Hamlet.*

GUILD. ¿Qué hacemos?

ROSEN. Bien sabe Dios que daría media vida por no tener que entendérmelas con el Príncipe.

GUILD. ¿A ver?... Sí, es él. Su alteza.

HAML. Bien escondido queda. Pero, ¿y mi madre? Quería tranquilizarla sobre la suerte de Polonio.

GUILD. Señor, con todo respeto...

ROSEN. Amado Príncipe, ¿qué habéis hecho del cuerpo de Polonio?

HAML. Lo he devuelto al polvo, de donde salió.

ROSEN. Decidnos dónde está para que podamos llevarlo a la capilla.

HAML. Pero, ¿qué es eso de que se atreva a interrogarme a mí una esponja?

ROSEN. Señor...

HAML. Ya lo sabes, señor esponja, que eso eres y no más. Esponja que chupa la autoridad del Rey, sus recompensas, sus atribuciones. Menos mal que al fin y a la postre es el Rey el único que sale ganando con todo esto. Porque, ¿tú no sabes lo que hace contigo y con todos los cortesanos como tú? Pues exactamente igual que hace el mono con su comida: la conserva en un rincón de la quijada para engullírsela cuando más le convenga. Anda, esponja, coge y recoge, chupa y rechupa, que cuando estés bien

repleta vendrá el Rey, te estrujará y te dejará exhausta de una vez para siempre.

ROSEN. Señor, debéis decirnos dónde está el cuerpo de Polonio.

HAML. El cuerpo está con el Rey, pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey es una cosa...

GUILD. ¿Una cosa, señor?

HAML. Sí, una cosa... que no vale la pena.

ESCENA IX

Dichos, el *Rey* y la *Reina.*

REY. ¡Ah! ¡Hamlet!

REINA. Contéstanos, hijo mío, ¿dónde está Polonio?

HAML. Preparándose para asistir a una cena.

REY. ¡Basta de locuras! ¿Dónde está Polonio?

HAML. He dicho, y repito, que se está preparando para asistir a una cena. Una cena, por cierto, un poco extraña. Sí, porque resulta que no va a ser Polonio el que va a comer, sino que el pobre Polonio va a ser el comido. Parece que se trata de una gran asamblea de gusanos. ¡Oh, suntuoso hervidero! ¡Ah, los gusanos!... ¡Tu gusano es tu único emperador! Nosotros engordamos animales para que ellos nos engorden a nosotros. y al final nos encontramos con que hemos engordado nosotros para que con nosotros engorden los gusanos. El rey gordo y el mendigo flaco no son más que manjares de una misma mesa. En esto viene a parar todo.

REINA. ¡Dios mío, Dios mío!

HAML. Un hombre puede pescar un pez con el gusano que se estuvo comiendo a un rey, y ese hombre puede comerse el pez que se nutrió de aquel gusano.

REY. ¿Qué quieres decir con todo eso?

HAML. Nada, sino indicaros que todo un rey puede hacer un gran viaje de gala a lo largo de las tripas de un mendigo.

REY. Por última vez, Hamlet, ¿dónde está Polonio?

HAML. En el cielo. Mandad a ver si está allí. Y si allí no estuviera id vos mismo a buscarle al Infierno.

REY. ¡Esto más!

HAML. Pero señor, no os inquietéis por tan poca cosa. Tened por seguro que si no encontráis al viejo antes de un mes, no tendréis más remedio que olfatearlo al subir las escaleras de la galería.

REY. ¡Pronto! ¡Busquémosle! ¡Antes de que llegue su hijo! ¡Vamos! *(Vanse Rey, Rosencrantz y Guilderstern.)*

HAML. No sé por qué tanta prisa. Me consta que Polonio no ha de moverse hasta que vayan a buscarle.

REINA. Hamlet...

HAML. Madre mía...

REINA. La acción que has cometido obliga al Rey, precisamente mirando por tu propia seguridad, a alejarte de aquí con toda rapidez.

HAML. Está bien, madre.

REINA. Todo está dispuesto para tu marcha a Inglaterra.

HAML. ¿A Inglaterra? Está bien, madre.

REINA. Te lo digo por encargo del Rey.

HAML. Está bien, madre.

REINA. Buena es nuestra intención.

HAML. Posiblemente. ¡Pero quiera el cielo no tener en cuenta la bondad de vuestras intenciones! *(Con cruel ironía, desde la puerta.)* Lo dicho: todo está muy bien, madre mía. *(Vase. La Reina queda llorando.)*

ESCENA X

La *Reina* y *Horacio.*

HORA. Señora, Ofelia desea ver a vuestra majestad.

REINA. ¡Oh! No, no. Yo, en cambio, no quiero verme frente a ella. Vendrá a pedirnos cuenta de la muerte de su padre.

HORA. Señora, su estado inspira compasión. Está como enloquecida...

REINA. Pero ¿qué quiere?

HORA. Habla sin cesar de su padre, dice que el mundo es el reino de la mentira, se golpea el corazón; habla, en fin, de cosas sin sentido. No siendo nada lo que dice, llena de compasión a cuantos la escuchan. Y es lo peor que la gente se reúne en torno suyo y hace conjeturas no todo lo favorables que fuera de desear.

REINA. Está bien. Que pase. *(Sale Horacio.)* Para un alma pecadora no hay pequeñez que no signifique anuncio de males gravísimos. La culpa, a fuerza de temer ser descubierta, se descubre ella misma.

ESCENA XI

La *Reina, Horacio, Ofelia.*

(Ofelia ha enloquecido al conocer la muerte de su padre.)

OFELIA. ¿Dónde está la hermosa majestad de Dinamarca?

REINA. ¿Qué quieres, Ofelia?

OFELIA. *(Recitando.)*

¿Cómo podre conocer
qué es el Amor verdadero?
En su bordón, sus sandalias
y conchas de su sombrero.

REINA. ¡Ay dulce amiga mía! ¿Qué significa esa canción?

OFELIA. ¿Qué decís? Escuchad, os lo ruego; escuchad:

Murió y se fué para siempre.
Murió y por siempre se fué...
Reposa en el verde césped...
Tiene una piedra a sus pies.

REINA. ¡Pero, Ofelia!

OFELIA. Escuchad, escuchad...

Blanco, blanco es su sudario
como la nieve de las montañas.

ESCENA XII

Dichos y el *Rey.*

REINA. ¡Ay, señor! Ved esto.

OFELIA. Y bajaron a su tumba
y la cubrieron de flores...

REY. ¿Qué os pasa, señora mía?

OFELIA. Nada, mi señor. Estoy bien, muy bien. Dios os lo pague. Cuentan que la lechuza era hija de un panadero. Señor, sabemos lo que somos; pero, ¿quién sabe lo que podemos llegar a ser? Que Dios bendiga vuestra mesa.

REY. La muerte del padre le ha hecho perder la razón.

OFELIA. No, por Dios, no hablemos de eso. Espero que todo acabará bien. Si lloro es porque pienso que han de enterrarlo en la tierra fria. Menos mal que llegará mi hermano de un momento a otro. ¡Ah, y eso sí! Mi hermano tiene que saberlo. A ver... ¡Mi carroza! ¡Pronto, mi carroza! *(Sale.)*

REY. *(A Marcelo.)* Seguidla de cerca, vigiladla, os lo ruego. *(Sale Marcelo.)* No hay duda: es la muerte de su padre lo que la ha enloquecido. ¡Ay, Gertrudis, Gertrudis, no hay mal que venga solo! ¿No sabes? El pueblo, agitado y turbulento, dándose a las más hostiles murmuraciones. ¡Dios nos proteja! *(Murmullos, voces, ruido de armas dentro.)* ¿Eh? ¿Qué ruido es ése? ¿Dónde están mis suizos? ¡Que guarden las puertas! *(Entran Rosencrantz y Guildenstern.)*

ESCENA XIII

El *Rey,* la *Reina, Rosencrantz y Guildenstern.*

REY. ¿Qué sucede?

ROSEN. ¡Señor, poneos en salvo!

GUILD. El Océano desbordado no se traga la tierra

con más ímpetu que el joven Laertes, en desatada furia, acomete a nuestros oficiales. La chusma le llama señor y grita con él: "¡Venganza, venganza!"

REINA. ¡Ah, traidores! ¡Perros daneses!

REY. ¡Han derribado las puertas! ¡Hola, mis guardias! ¡Favor al Rey! *(Al mismo tiempo que por una puerta entra Laertes seguido de hombres armados, por todas las demás invaden el salón guardias, palaciegos, soldados, etc.)*

LAER. ¿Dónde está el Rey?

JEFE G.ª ¡Prendedle!

REY. ¡Quietos! Dejadle hablar. Dime.

LAER. Ya digo. Villano Rey, devuélveme a mi padre.

REINA. Cálmate, mi buen Laertes. *(Se interpone entre éste y el Rey.)*

LAER. ¡La gota de mi sangre que calmarse pueda me proclama bastardo y pone sello de ramera sobre la inmaculada frente de mi madre!

REY. Hay tanta divinidad en torno de un Rey, que la traición no puede sino mirarle de lejos. Díme, Laertes.

LAER. ¿Dónde está mi padre?

REY. Muerto.

REINA. *(Por el Rey.)* ¡Pero no fué él!

LAER. Pero ¿cómo ha muerto? A mí no se me engaña. ¡Al Infierno la lealtad y todos los juramentos! ¡Un ápice se me da de este mundo y el otro! Sólo una cosa quiero: vengar a mi padre.

REY. ¿Y quién podrá impedírtelo?

LAER. Nadie; ya lo sé.

REY. Querido Laertes, comprendo que quieras saber con certeza las circunstancias en que murió tu padre. Pero ¿quieres unir en tu venganza a amigos y enemigos?

LAER. ¡Sólo a sus enemigos!

REY. Pues bien, Laertes, yo te digo que soy inocente de la muerte de tu padre...

ESCENA ULTIMA

Dichos y *Hamlet.*

HAML. Yo no lo soy, en cambio, aunque bien sabe Dios que le di muerte *(Mira al Rey como significando que era éste quien él creía oculto detrás de la cortina)*, sin saber que se la daba. Yo hablaba con mi madre y él se hallaba escondido detrás de un tapiz. Oí un rumor... Saqué mi espada, atravesé el tapiz y entonces supe que era tu padre el muerto.

LAER. Sea como fuere, habéis matado a mi padre.

HAML. ¿Y quieres vengarte? Es natural. Por mi dolor comprendo el tuyo. Haz de mí lo que quieras. Lo que ha de ser será y nadie tendrá poder para impedirlo.

REY. Basta. Ven conmigo, Laertes. Si aún tienes confianza en mí, domina tu furor hasta que escuches de mis labios la verdad de todo. Sólo conoces los efectos. Déjame que yo te ilumine sobre las causas.

LAER. Todo será inútil, porque mi decisión es inconmovible. Pero también comprendo que una ligereza puede empequeñecer la magnitud de mi venganza. Vamos. *(Salen el Rey y Laertes.)*

HAML. Tiene razón, tiene razón Laertes... ¡Noble hijo que quiere vengar la muerte de su padre! ¿Y vosotros..., vosotros todos... por qué me miráis así? ¡Yo le maté, sí, fuí yo!... Pero le di muerte en un momento de furia, cegado por la cólera... A mi padre, en cambio, le dieron muerte a traición... alevosamente..., mientras dormía... Claro que fué una víbora. Lo sabéis todos... Fué una víbora. Dormía mi padre y le clavó sus venenosos dientes... Pues, ¿quién sino una víbora podía asesinar a un Rey como mi padre, todo bondad, rectitud y sapiencia?... Madre..., señores..., ¿por qué me miráis tan fijamente? ¿Eh? Decís que me llaman. ¿Quién, mi padre?... ¡Voy, voy, voy!

(Se tiende en el suelo y aplica un oído a la tierra.) ¡Buenas noches, padre! Un poco, nada más que un poco de paciencia y tu voluntad será cumplida. Buenas noches, padre... *(Queda llorando.)*

TELÓN

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Un cementerio.

ESCENA I

Dos *Sepultureros* cavan una fosa.

SEP. 1.° ¡Protesto! Quien se quita la vida no debe reposar en tierra sagrada.

SEP. 2.° Te digo que ésta, sí. Han estudiado el caso y han resuelto que se le dé sepultura cristiana.

SEP. 1.° Pues yo te digo que eso no me entra en la cabeza. ¿Se ahogó esa señorita en defensa propia o no se ahogó en defensa propia?

SEP. 2.° Han resuelto que se le dé tierra sagrada y no hay más que hablar.

SEP. 1.° Entonces tiene que haber sido "se offendendo" y nada más que "se offendendo". Porque para mí no hay más cuestión que la siguiente: si yo me ahogo de "motu propio", he cometido un acto. Pero he aquí, señor mío, que todo acto se compone de tres partes, "verbi gracia": hacer, obrar y ejecutar. "Ergolus, érgolis", que quiere decir, por consiguiente: la señorita Ofelia se ahogó porque le vino en gana.

SEP. 2.° Pero oye tú, compadre...

SEP. 1.° Un momento, un momento. Es un suponer... aquí está el agua: bien. Y aquí está la señori-

ta Ofelia: bien. Si la señorita Ofelia empieza a andar en dirección al agua, pues ahí tienes tú que se ahoga, y tal día hizo un año. Pero fíjate bien: es ella la que va al agua. Ella. ¡Ella! ¡¡Ella!! Pero cátate aquí que ahora es el agua la que se va hacia ella y la ahoga. Pues entonces quiere decirse que no ha sido ella la que se ha ahogado a sí misma. "Ergolus, érgolis", que quiere decir, por consiguiente, aquel o aquella que no es culpable de su propia muerte, pues quiere decirse que no acorta su propia vida.

SEP. 2.° Pero eso no es legal.

SEP. 1.° Lo es. Porque se ha estudiado el caso y resulta que es legal.

SEP. 2.° ¿Tú me quieres oír hablar clarito? Bueno, pues ahí va eso: si no se tratase, como se trata, de una damisela distinguida, no se le daría sepultura cristiana.

SEP. 1.° Cabal, cabalito. El Evangelio. Y lo más triste es que la gente gorda tenga más derecho a quitarse del mundo que los demás cristianos. ¡Protesto! Bueno, sepultererito..., a cavar. *(Cavan los dos. Interrumpiéndose.)* Para, para, para el carro.

SEP. 2.° ¿Qué pasa?

SEP. 1.° Ahí va eso. En el mundo, fíjate bien, en el mundo no haya caballeros de más antigua prosapia que los hortelanos, los cavadores y los sepultureros. ¿Por qué? Pues porque tienen el mismo oficio que Adán. ¿Por qué? Pues porque Adán fué caballero. ¿Por qué? Porque usaba armas. ¿Qué armas? Los brazos mondos y lirondos. "Ergolus, érgolis", yo soy un caballero de la más antigua prosapia.

SEP. 2.° No, no, si tú como talento...

SEP. 1.° Gracias. Verás ahora otro acertijo estupendo.

SEP. 2.° Suéltalo.

SEP. 1.° En el mundo, fíjate bien, en el mundo, ¿qué clase de constructor construye mucho mejor,

mucho más sólido, mucho más fuerte que el albañil, el calafate o el carpintero?

SEP. 2.° ¡Te cogí, te cogí!

SEP. 1.° Venga.

SEP. 2.° El constructor de horcas, porque basta una para acabar con mil inquilinos... y lo que cuelga.

SEP. 1.° Oye, ¿pues sabes tú que yo te tenía a ti por más tonto de lo que eres? Bien que viene eso de la horca. Pero hay que fijarse en todo. Eso de la horca, ¿a quiénes viene bien? A aquellos que andan mal. Y tú andas muy mal al decir, como quien dice que has dicho, que una horca está construída con más solidez que una iglesia. "Ergolus, érgolis": a ti la horca te iría que ni pintiparada. Piensa más a lo hondo a ver si lo aciertas.

SEP. 2.° ¿Qué quién construye mejor, más fuerte, más sólido, que el albañil, el carpintero o el calafate?

SEP. 1.° Ni más ni menos...

SEP. 2.° Ya está, ya está. Te cogí, te cogí.

SEP. 1.° A ver, a ver.

SEP. 2.° Pues... pues... Pues ¿sabes tú que no lo sé?

ESCENA II

Entran a lo lejos *Hamlet* y *Horacio.*

SEP. 1.° Basta. No te estrujes más los sesos, que el burro remolón no andará más aprisa por muchos palos que le des..., y perdona el modo de señalar. Si otra vez te preguntan cuál es el mejor constructor, contesta: "el sepulturero, porque las casas que él construye duran hasta el día del juicio". Y ahora..., a ver si sabes traerte una buena jarra de vino. *(Sale el Sepulturero 2.° cantando:)*

Cuando yo era mozo,
la vida
se me hacía un soplo.

HAML. Míralo... Canta y está abriendo una fosa.

HORA. A fuerza de costumbre le parece su trabajo el más natural del mundo.

HAML. Será ésta, sin duda, la fosa para Ofelia... ¡Pobre Ofelia!

HORA. ¿Creéis, señor, que fué un accidente o un deliberado designio de la doncella?

HAML. Ella y Dios lo saben. Había un sauce a la orilla de un arroyo. La dulce Ofelia, coronada de guirnaldas, de margaritas y amapolas, se acercó a la orilla... Se quitó sus fantásticas coronas y quiso colgarlas de las ramas del sauce. Rompióse una rama y cayeron al agua Ofelia y sus trofeos. Sus ropas se extendieron a su alrededor y en tanto sostuviéronla a flote, cantaba Ofelia como una sirena... ¿Sabías, Ofelia, el peligro en que te hallabas o, como sirena, creías hallarte en tu propio elemento? *(Pausa.)* Horacio, ¿no me ocultas nada?

HORA. Nada, señor.

HAML. Sin embargo... Desarrollas estos días una actividad desacostumbrada. Además, te veo inquieto, receloso... Algo te pasa, Horacio.

HORA. Nada, señor.

HAML. Razones tendrás para tu silencio, y yo debo respetarlas. A pesar de todo, vuelvo a decírtelo: algo me ocultas, Horacio.

HORA. Señor, esa contraorden del Rey para que suspendáis vuestro viaje a Inglaterra...

HAML. ¿Qué?

HORA. Que me inquieta mucho, os lo confieso.

HAML. A mí, no. Lo que ha de ser será, con orden de ir a Inglaterra o contraorden de no ir.

HORA. Amado Príncipe: Laertes parece haber aplacado su furia vengativa...

HAML. Bien, ¿y qué?

HORA. Su nueva actitud, por antinatural, es lo que más debe inquietarnos.

HAML. A mí no. Lo que ha de ser será, se muestre Laertes furioso o se muestre apaciguado.

SEP. 1.° (*Cantando.*)

Pero ya soy viejo.
¡Ay! Mis veinte años
quedaron muy lejos...

(*Tira una calavera.*)

HAML. ¡Pensar, Horacio, que esta calavera tuvo lengua un día y voz y aliento para cantar! ¡Y mira cómo la trata este hombre, como si fuera la quijada de Caín! Y esa que tiene ahora entre las manos acaso sea la de un político, uno de esos intrigantes redomados capaces de embaucar al mismo demonio.

HORA. Posiblemente.

HAML. Y ahora el señor político está en poder del señor gusano, descarnada la boca y aporreados los cascos por el azadón de un sepulturero. ¡Gran revolución, Horacio! Observa la insignificancia de nuestros huesos, que apenas si sirven para jugar a los bolos. Los míos me duelen sólo de pensarlo.

SEP. 1.°

Con cuatro palmos de tierra
te hago yo una habitación
calentita y sempiterna.

(*Tira otra calavera.*)

HAML. Otra. ¿Por qué no ha de haber sido ésta la de un abogado? ¿Dónde están ahora tus distingos, argucias, sutilezas y artimañas? Pero... ¡no lo comprendo! ¿Te da este palurdo con su pala en la cabeza y no te querellas contra él por lesiones? ¿Renuncias, abnegadamente, a una indemnización por daños y perjuicios? No lo comprendo. (*Al Sepulturero.*) ¿De quién es esta sepultura, buen amigo?

SEP. 1.° Mía.

HAML. ¿Para quién la estás cavando?

SEP. 1.° Para nadie. Para una mujer, desde luego. Pero... para nadie. Porque una mujer es lo que fué y ahora no es nada. Una muerta, una carroña..., nada.

HAML. Sutil es el truhán. ¿Hace mucho que eres sepulturero?

SEP. 1.º Desde el mismito día en que el difunto Rey Hamlet venció al Príncipe de Noruega.

HAML. ¿Cuánto tiempo hará de eso?

SEP. 1.º ¿No lo sabéis? Pues hijo, hasta los tontos lo saben. Fué precisamente el día en que nació el Príncipe Hamlet, ese que está loco y que creo que enviaron a Inglaterra.

HAML. He oído decir que, a última hora, le dieron orden de suspender el viaje. Pero... ¿por qué crees tú que querían mandarlo a Inglaterra?

SEP. 1.º Toma, pues porque está loco. Allí puede recobrar la chaveta, y aun en el caso de que no la recobre, pues nada, que no importa nada.

HAML. ¿Por qué no importa nada?

SEP. 1.º Pues porque allí no se le conocerá su locura.

HAML. ¿Y por qué, buen hombre?

SEP. 1.º Toma, pues porque allí todos están tan locos como él.

HAML. ¿Tú sabes cómo se volvió loco?

SEP. 1.º Juraría que fué perdiendo el juicio.

HAML. Dime, amigo: ¿cuánto tiempo tarda un cuerpo en pudrirse?

SEP. 1.º Según y conforme. Si no estaba ya podrido antes de morir..., porque los hay que aún no han estirado la pata y ya están hechos una porquería... Pues digo yo que vendrá a durar de unos ocho a nueve años. Un curtidor, por ejemplo, dura seguramente los nueve años. Explicación: el curtidor tiene tan curtido el pellejo por razón de su oficio que resiste mucho tiempo al agua. Explicación: que el agua es lo que más pronto le destruye a uno el cochino cadáver. Mirad esta calavera: ha estado enterrada veintitrés años.

HAML. ¿De quién era?

SEP. 1.º De un bribón, bribonazo. ¡Mala peste le confunda! Una vez me echó encima un frasco de vino. ¿Sabéis de quién es esta pelota? Pues del amigo Yorik, el bufón del Rey.

HAML. ¿Qué dices, buen hombre?

SEP. 1.º Ni más ni menos. De Yorik, el bufón del Rey.

HAML. Déjame verla. *(Coge la calavera.)* ¡Ay, pobre Yorik! Le conocí, Horacio. Tenía infinito ingenio, fantasía portentosa. Mil veces, jugando, me llevó a cuestas y ahora su cabeza me produce náuseas. De aquí pendían aquellos labios que besé tantas veces. ¿Dónde están tus chistes, tus piruetas, tus canciones? ¿Ni un solo chiste se te ocurre para burlarte de tu propia mueca? Ve al tocador de mi dama, pobre Yorik... Se estará pintando, acicalando... Recuérdale en qué ha de venir a parar toda su hermosura... *(Pausa.)* Dime una cosa, por favor, Horacio.

HORA. Decidme.

HAML. ¿Crees tú que Alejandro tendría este mismo aspecto bajo tierra?

HORA. Ciertamente.

HAML. ¿Y el mismo hedor? ¡Ay, Horacio, Horacio, a qué viles usos podemos descender! Reflexiona. Sigue con la imaginación el noble polvo de Alejandro y al final has de verlo tapando la boca de un tonel de cerveza.

HORA. Habría que ahondar mucho.

HAML. No por cierto. Fíjate: Alejandro murió, Alejandro fué enterrado, Alejandro se convirtió en polvo, el polvo es tierra, de la tierra se hace barro... ¿Y por qué con ese barro, en el cual se ha convertido, no ha de poder taparse un tonel de cerveza? ¡El César magnífico convertido en barro para tapar un agujero! ¡Más que el mismo César es eso magnífico! ¡Magnífico! Pero silencio... Ya viene el cortejo.

ESCENA III

Sepultureros, Hamlet, Horacio, cortejo. Entra el entierro de *Ofelia. Sacerdotes,* el cadáver de *Ofelia, Laertes,* acompañantes, el *Rey,* la *Reina* y sus respectivos séquitos.

HAML. Apartémonos, Horacio. Quisiera pasar inadvertido. *(Se alejan.)*

LAER. *(A un Sacerdote.)* ¿No hay más ceremonias?

SACER. No hemos hecho más porque más no podía hacerse en sus honras fúnebres. Se trata, como sabéis, de una muerte bastante sospechosa, y a no ser porque un mandato superior ha podido más que todos los cánones, tened por cierto que no habría recibido tierra sagrada y que en vez de oraciones se hubieran arrojado piedras sobre sus despojos. No es posible hacer más.

LAER. ¿No es posible?

SACER. Profanaríamos el oficio de difuntos cantando un Réquiem por su alma. No estando seguros de que haya muerto en paz...

LAER. Sí, ¿eh?... ¡Pues yo te digo, mal clérigo, que mi hermana será un ángel mientras tú estés aullando en el Infierno!

REY. ¡Basta, señores!

REINA. *(Esparciendo flores sobre el cadáver, que se supone ya en la fosa.)* ¡Flores para la hermosa! ¡Adiós, dulce Ofelia! Esperaba verte esposa de mi Hamlet. Creí adornar con flores tu lecho nupcial y no tu sepultura.

LAER. ¡Maldito mil veces aquél que te hizo perder la razón, hermana mía! ¡Dejadme! ¡Quiero verla, estrecharla entre mis brazos! ¡No echéis tierra sobre su cuerpo! ¡O echadla sobre el suyo y el mío hasta formar una montaña tan alta que toque a las mismas puertas del cielo!

HAML. *(Adelantándose.)* ¡Acabemos, Laertes! ¡Vergüenza debiera darte expresar tu dolor con tal énfasis ridículo! Aquí me tienes... Hamlet, Príncipe de Dinamarca. ¿Qué quieres de mí?

LAER. ¡Ah, miserable! *(Se arroja sobre él.)*

HAML. ¡Suelta! *(Breve lucha.)*

REY. ¡Separadlos!

REINA. ¡Hamlet, Hamlet!

VOCES. ¡Caballeros! *(Los separan.)*

HAML. ¡Mil vidas que tuviera habría de emplearlas en demostrarte que mucho más hondo, mucho más sincero que el tuyo, es mi dolor!

REINA. ¡Hamlet, hijo mío!

HAML. ¡Yo amaba a Ofelia! Forma un solo haz con los amores de todos los hermanos del mundo y aun ese amor no sería comparable al amor mío. Dime, ¿qué serías tú capaz de hacer por ella?

REY. ¡Prudencia, Laertes! Está loco.

HAML. Dime. Contéstame. ¿Qué harías por ella? ¡Llorar no basta! ¿Luchar conmigo? ¿Pelear hasta la muerte? ¿Desgarrarte el corazón? Yo sabría hacer mucho más que todo eso. Laertes, Laertes... no se viene a la tumba de Ofelia para dar alaridos. ¿O es que has venido a provocarme? Acabemos, Laertes. ¿Quieres que te sepulten con ella? ¡Pues yo también! Todo sabría tolerarte menos que aquí vengas a darme lecciones de amor. ¡Qué sabes tú de amor! ¡Qué sabes tú cómo yo la quería!... *(Saltando a la sepultura.)* ¡Ofelia, Ofelia, Ofelia!..

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Salón o terraza al jardín en el Palacio.

ESCENA I

El *Rey* y *Laertes.*

LAER. Todo lo comprendo, señor, menos que no procedáis rápida y enérgicamente contra el enemigo de vuestra seguridad y la de todos.

REY. Mis razones tengo. Escúchalas: la Reina, apenas si para alguien más vive que para su hijo Hamlet, y en cuanto a mí, para nadie más vivo que para ella. Nada sin ella sé hacer; lo mismo que el astro no sabe moverse sino dentro de su órbita. Por otra parte, Laertes, no olvides el amor, el grande amor del pueblo

por su Príncipe Hamlet. No hay falta del Príncipe, más o menos grave, que el pueblo, en su ternura, no le disculpe. Impondríamos cadenas a Hamlet y el pueblo habría de considerarlas como santas reliquias.

LAER. ¡Pero, en tanto, señor, yo he perdido a mi padre y he perdido a mi hermana!

REY. ¡Y yo hice suspender el viaje de Hamlet a Inglaterra! ¡Y lo hice suspender porque era justo que el castigo de Hamlet por sus crímenes fueras tú mismo quien lo ejecutara!

LAER. Pero tened en cuenta que cada día que pasa sin cumplirse el castigo es una nueva afrenta que mi honor mancilla.

REY. Basta, Laertes. Para eso te he llamado. *(Pausa.)* Hoy es cumpleaños de Hamlet. En memoria de nuestras más recientes desgracias, tú lo sabes, toda posible fiesta ha sido suspendida. Pero he concebido una idea... Laertes, ¿qué serías capaz de hacer para mostrarte digno hijo y hermano con actos más que con palabras?

LAER. ¡Capaz sería de darle muerte, aun mismo dentro de la misma iglesia!

REY. Pues escucha, Hamlet te envidia por tu destreza en el manejo de las armas. El, que se jacta de ser un tirador formidable, seguramente tendrá vivos deseos de medir su destreza contigo. No habrá más que indicárselo. Y una vez frente a frente, apostaremos por uno y otro. *(Casi al oído.)* Hamlet se confía demasiado... Tengo por cierto que no examinará las hojas... Laertes, un poco, nada más que un poco de astucia; eliges tú un florete sin botón y tu venganza será un hecho consumado.

LAER. Disponedlo todo. Mejor cuanto más pronto.

REY. Calma. Un momento... Estoy pensando... Le hieres levemente y es decir que no hemos conseguido nada. Por otra parte, la herida más leve puede ser mortal si previamente...

LAER. Decidme, señor; estoy dispuesto a todo.

REY. No hay más que envenenar la punta de tu espada.

LAER. Me es igual. Y ya tiemblo de impaciencia.

REY. Calma, calma. Si por cualquier torpeza fallara nuestro plan, más valiera no haberlo intentado. No olvidemos que Hamlet es un gran tirador. Pudiera suceder que tú fueras vencido... No. Hay que precaverse contra toda contingencia. Hay que inventar algo... Tal vez pudiera... Sí, sí. Laertes, ya está... Todo, todo el plan concebido. Cuida tú de dar la mayor violencia a tus ataques para que pronto os halléis acalorados y sedientos. Hamlet pedirá de beber, yo le tendré dispuesta una copa, y ha de bastar un sorbo de esa copa para que sea realidad nuestro designio.

LAER. Nunca con más fervor que ahora a vuestras órdenes.

REY. Además, nadie podrá extrañarse de nada. Todo tendrá carácter de improvisación. Diremos que es una idea que se nos ha ocurrido de pronto... Un pretexto, en fin, para celebrar de algún modo el cumpleaños del Príncipe. Voy a disponerlo todo.

LAER. Yo también, señor, con vuestra venia. *(El Rey vase. Cuando por opuesta salida dispónese a irse Laertes, entran en escena Hamlet y Horacio.)*

ESCENA II

Laertes, Hamlet y *Horacio.*

HAML. Laertes... *(Laertes le mira sin contestar.)* ¡Laertes! ¿No quieres cruzar tu palabra conmigo?

LAER. ¡Si no es cuando la ira habla por mí... no, Alteza, no! ¡Ni aunque quisiera!

HAML. ¿Sabes lo que te digo? Tienes razón, Laertes.

Y es para mí lo más triste, Laertes... tienes razón.

LAER. Bien está. Me retiro.

HAML. Espera. Horacio, ¿qué acabo de decirte?

HORA. *(A Laertes.)* Podéis creerlo. Aunque sea recordar momentos dolorosos... Se lamentaba el Príncipe de sus violencias para con vos en el entierro de vuestra hermana.

LAER. ¡Más pudo lamentarse de haber sido la primera causa de aquella ceremonia!

HAML. De igual modo lo lamento. En lo más hondo, en lo más sensible de mi corazón

LAER. Acabemos, Alteza. Necesito, quiero retirarme.

HAML. Pues vete enhoramala. Pero escúchame: todos tus furores estarán justificados menos uno... ¡el que estalle en palabras ramplonas y te lleve a la tumba de Ofelia para dar alaridos!

LAER. Basta, señor. *(Vase.)*

ESCENA III

Hamlet y *Horacio.*

HORA. ¿Qué os pasa, Alteza?

HAML. Déjame, Horacio. Todos contra mí, y yo tengo la suprema razón contra todos. Yo maté a Polonio. Pero ¿fuí yo, o fueron sus enredos, oficiosidades y bellaquerías? Hay que buscar las causas primeras... Ofelia se ahogó porque perdió el juicio. Perdió el juicio... porque yo maté a su padre. Yo maté a su padre... porque no soy dueño de mí desde que también mataron al mío... Causa primera, culpable primero... ¿Quién? ¿Quién? ¡Claudio, rey de Dinamarca!

HORA. *(En un arranque irresistible.)* ¡O muy poco vaigo, señor, o toda esta vergüenza de la Corte ha de terminar muy pronto!

HAML. ¿Qué dices?

HORA. Nada, señor; perdonadme. Ha sido algo más fuerte que mi voluntad. Nada he dicho.

HAML. ¿Que has de terminar muy pronto con toda esta vergüenza de la Corte? ¿Y has de ser tú?

HORA. Pensad, Alteza, que he hablado en un momento de desvarío.

HAML. Pienso que es Dinamarca reino de secretos y maquinaciones. ¿Qué me ocultas, Horacio?

HORA. He dado una palabra, y a ella he de ser fiel. Comprendedlo, Alteza.

HAML. Comprendido, Horacio. Lealtad sobre todo.

ESCENA IV

Dichos y Osrico.

OSRI. *(Un joven cortesano adulador y untuoso.)* ¡Oh! ¡Señor, Alteza, Príncipe Hamlet, aroma y luz de Dinamarca! ¡Señor!

HAML. ¿Conoces a este zángano?

HORA. No le he visto nunca.

HAML. Pues da gracias al Altísimo, que el solo hecho de conocerle ya es pecado. También tiene su pesebre en la mesa del Rey. Es encantador. Hace muy bien de cacatúa.

OSRI. Amabilísimo, señor...

HAML. Osrico, dulcísimo Osrico, cortesano impagable... Ten mucho cuidado con la columna vertebral.

OSRI. Os traigo un mensaje semidivino. Y digo semidivino, porque es de parte de Su graciosa Majestad, Claudio, rey.

HAML. Dígame vuestra graciosa cortesanía... *(Aparte.)* Verás, Horacio... Polonio redivivo. *(A Osrico.)* Caballero, hace un calor sofocante.

OSRI. ¡Oh, señor! ¡Qué manera de sudar! Perdón, señor...

HAML. Cierto, cierto. Es preciso ver cómo tembláis de frío.

OSRI ¡Oh! Un frío espantoso. Cala los huesos.

HAML. Y luego, claro, con este tiempo bochornoso.

OSRI. ¿Ha visto vuestra Alteza? ¡Qué tiempo, qué bochorno!

HAML. El del tiempo y el de ciertas untuosidades, amigo mío.

OSRI. Exacto. Bueno... pues... Su Majestad me ha ordenado que venga a significar a Vuestra Alteza que acaba de hacer una apuesta importante a vuestro favor. Me explicaré. Laertes... ¡Oh, Laertes! ¡Compendio de caballerosidad, dechado y almanaque de la galantería!...

HORA. Diga, señor. ¡Terminaríais por irritar a un santo!

OSRI. Laertes, como sabéis, es un gran tirador. Pues bien; el Rey ha apostado con él seis caballos berberiscos contra seis espadas francesas. Si hermosos son los caballos, ¿qué decís de las espadas?

HORA. ¿Y a qué viene esa apuesta? ¡Pronto, caballero! ¿No veis la impaciencia del Príncipe?

OSRI. Viene a cuento de que el Rey está seguro que en doce asaltos Laertes no os aventaja en más de tres golpes. Tanta curiosidad ha despertado la apuesta, que todos están impacientes por presenciarla.

HAML. ¿Y si respondo que no?

OSRI. Pues que no.

HAML. *(Después de un silencio.)* Responded al Rey que todo me da igual. Aquí estoy. Por aquí paseo. Si quiere un rato de diversión a mi costa... que se moleste en venir a buscarme.

OSRI. Me recomiendo humildemente a Vuestra Alteza.

HAML. Haces muy bien en recomendarte tú mismo. Sería muy difícil que otros lo hicieran por ti.

OSRI. Alteza... *(Sale.)*

ESCENA V

Hamlet y Horacio.

HAML. Este, de pañales... antes de mamar, le hacía una reverencia a la teta, y se excusaba: "Con permiso."

HORA. Vais a perder la apuesta, señor.

HAML. No importa.

HORA. Este asalto puede ser una celada.

HAML. Es lo mismo.

HORA. Algo presiento, señor.

HAML. Yo también.

HORA. Decid que os negáis.

HAML. ¿Para qué? *(Pausa.)*

HORA. Amado Príncipe: dadme vuestra venia. Es necesario que salga de Palacio ahora mismo. Después del anuncio de esa apuesta increíble, algo urgente, muy urgente, me reclama.

ESCENA VI

Dichos; Marcelo y *Bernardo.*

MARC. *(Todo esto muy rápido.)* Alteza... Horacio, necesitamos de ti. Acabamos de saber algo que es preciso poner en tu conocimiento cuanto antes.

HORA. Soy con vosotros.

BERN. *(Saliendo.)* Príncipe... Horacio, tus compañeros te reclaman. Debes reunirte con nosotros sin perder un segundo. *(Marcha dentro.)*

HORA. Los Reyes se acercan, amado Príncipe. ¡No tardaréis en saber la causa de mi preocupación e inquietudes de estos últimos días! Perdonadme... perdonad a mis compañeros esta despedida irrespetuosa. Pero no hay tiempo que perder. Vamos. *(Hacen una reverencia y salen los tres.)*

ESCENA VII

(Hamlet, Rey, Reina, Laertes, Osrico, Rosencrantz, Guildenstern, damas, caballeros, criados, pajes. Estos últimos traen guantes, floretes, una mesa, jarras de vino, copas, etc.)

HAML. ¡Adiós, amigos! Sospecho vuestra intención. Si lo hacéis por amor a Dinamarca, bendito sea

vuestro designio... Si por servir mi ambición lo haceis, ¡cuán grande es vuestro engaño! *(Entran los Reyes y séquito. Sigue sonando la música dentro.)*

REY. *(Ofreciendo a Hamlet la mano de Laertes.)* Hamlet, acepta esta noble mano que te ofrezco.

HAML. *(A Laertes.)* Otra vez perdón, Laertes. Te he agraviado; pero, a fuer de caballero, perdóname. Me aflige una cruel dolencia... Tú lo sabes... Todos lo sabéis. Te he ofendido, lo reconozco. Pero no fuí yo, fué mi locura.

LAER. Mi corazón me excita a la venganza. Pero, en fin, Alteza, en cuanto a mi corazón, me doy por satisfecho. Queda por salvar mi honor, y por mi honor no puedo de momento aceptar reconciliación ninguna. Que un tribunal de jueces ancianos y honorables selle la paz entre nosotros, si la paz es posible. Entretanto, acepto como buena la amistad que me ofrecéis.

HAML. ¡Gracias, Laertes! Y ahora veamos esa apuesta. Fraternal apuesta, en mi concepto.

LAER. Y en el mío. Vamos. ¡Un florete!

HAML. Seré blanco de tu destreza, no lo dudo.

LAER. No os burléis, señor.

HAML. No me burlo. Por esta mano.

REY. Osrico.

OSRI. Señor...

REY. Los floretes. ¿Sabes, querido Hamlet, en qué consiste la apuesta?

HAML. Perfectamente, señor. Sé que habéis apostado por la parte más débil.

REY. No lo temo. Os he visto tirar a uno y otro.

LAER. *(Por los floretes que examina.)* Este es muy pesado. A ver otro. Este va bien.

HAML. *(Tomando uno cualquiera.)* A mí, cualquiera. Este mismo.

REY. Si el primero o segundo golpe lo da Hamlet, o se desquita devolviéndolo en el tercer asalto, que todas las almenas disparen sus cañones. Para alentarte, Hamlet, el Rey, a tu salud, vaciará una copa y echará en ella, como

prenda de amor, una perla finísima y más preciosa que la que cuatro sucesivos reyes han llevado en la corona de Dinamarca. Vengan las copas y que el timbal diga al clarín, el clarín al cañón, el cañón a los cielos, y los cielos a la tierra que acaba el Rey de brindar a la salud de Hamlet. Vamos, empezad. Y vosotros, jueces, observad atentos.

HAML. Vamos.

LAER. Vamos, señor. *(Se baten.)*

HAML. ¡Tocado!

LAER. No.

HAML. Que digan los jueces.

OSRI. Sí, sí; tocado. No hay duda.

LAER. Bien. Vamos otra vez.

REY. Esperad. *(A unos pajes.)* Una copa, Hamlet; esta perla es tuya. *(La echa en la copa.)* A tu salud. *(A los pajes.)* Dadle la copa.

HAML. Prefiero terminar el asalto. *(A los pajes.)* Dejadla ahí un momento. *(A Laertes.)* Vamos... *(Se baten y toca a Laertes.)* ¿Y ahora?

LAER. Tocado. Lo reconozco.

REY. Ganará tu hijo.

REINA. No sé. No sé. Se fatiga demasiado. Ven, Hamlet, toma mi pañuelo y sécate la frente. La Reina brinda por que seas el vencedor, hijo mío... *(Toma una de las copas que le ofrece un paje.)*

REY. ¡No bebas, Gertrudis!

REINA. ¿Por qué no? ¡A tu salud, Hamlet! *(Bebe.)*

REY. *(Aparte.)* La copa envenenada. Demasiado tarde.

REINA. Toma, Hamlet. *(Ofrécele una copa.)*

HAML. Gracias. Todavía no. Un momento.

REINA. Ven, por lo menos, a que te enjugue el rostro.

LAER. *(Acercándose rápidamente al Rey.)* ¡Por mi honor que todo acaba ahora mismo! *(Volviendo frente a Hamlet. Aparte.)* ¡Y es, sin embargo, contra mi conciencia!

HAML. *(A Laertes.)* Vamos al tercero. Y luchad con más entusiasmo. ¡Oh, no es que me haga ilu-

siones! Bien comprendo que casi os burláis de mí.

LAER. Vamos, pues. *(Se acometen con furia.)*

REY. ¡Oh, separadlos! Están enfurecidos...

REINA. ¡Dios mío, Dios mío! *(Cae.)*

OSRI. ¿Eh?... ¡La Reina, la Reina! *(A ellos.)* ¡Alto!

HAML. ¿Qué le pasa a mi madre?

REY. Se ha asustado, sin duda... será un desmayo.

REINA. No, no. La bebida. La bebida. ¡Oh, mi hijo, mi hijo! Envenenada... ¡me siento envenenada!

HAML. Conducidla a sus habitaciones. ¡Oh, infamia! ¡Y que cierren las puertas! ¡Todas las puertas! ¡Traición, traición! *(Momentos antes ha empezado a oírse un rumor, que ha ido intensificándose hasta convertirse en un verdadero estrépito. Coinciden las últimas palabras de Hamlet con la invasión de la escena por el ejército y el pueblo sublevado, a cuyo frente entran Horacio, Marcelo y Bernardo.)*

ESCENA VIII

Dichos; Horacio, Marcelo, Bernardo y sublevados.

HORA. ¡Cierto, amado Príncipe! ¡Traición infame!

HAML. Primero, mi madre, ¡mi madre, sobre todo! ¡Atendedla, llevadla!... *(Llévanse a la Reina; el Rey se dispone a salir con ella; pero Hamlet se lo impide, cerrándole el paso.)* ¡No, tú no! ¡Atrás, Rey criminal!... ¡Vergüenza y ludibrio de Dinamarca!

HORA. *(A Hamlet.)* Se conjuraba contra vuestra vida, señor. ¡Y, Dios sea loado, que os encuentro salvo! ¡La espada de Laertes está envenenada!

HAML. ¡No es posible!

REY. ¿Qué dices, Horacio? ¿Envenenada la espada de Laertes? Si son ciertas tus palabras la traición es cierta. ¡A ver, mis guardias! ¡Prended a Laertes! ¡Muera el traidor!

LAER. ¡Oh ignominia! ¿Seríais capaz, desalmado, de acusarme ahora? ¡Sólo vos imaginasteis la

traición horrenda! ¡Ciertamente, mi acero está envenenado! Pero ¿quién, si no vos, sugirió la idea criminal de ese veneno?

REY. ¿No oyen mis guardias? ¡Prendedle!

LAER. ¡Me entrego yo mismo! Pero antes, fiera incestuosa, con esta misma espada te arrancaré la vida! *(Le acomete y le mata de una estocada.)*

REY. ¡Oh! ¡Favor al Rey! *(Cae entre unos cortesanos.)*

HORA. ¡Viva Hamlet, Rey de Dinamarca!

TODOS. ¡¡Viva!! *(Músicas, cañonazos dentro.)*

HAML. ¡Horacio, Horacio! Tú también conjurabas.

HORA. ¡Por un infinito amor hacia la pátria mía! Era vuestro el trono, y un asesino os lo había robado. ¡Viva Hamlet, Rey de Dina...!

HAML. *(Interrumpiéndole.)* ¡Silencio! ¡No olvidéis que en esta horrenda maquinación de veneno y de sangre ha muerto también la Reina, y no olvidéis tampoco que esta Reina era mi madre! . su cuerpo, los máximos honores! *(Salen algunos cortesanos.)* Y tú, Laertes, ¿cómo proceder contigo?

LAER. ¡Dadme la muerte, que he de recibirla como liberación y no como castigo!

HAML. Déjate prender. La ley lo manda. Pero cuenta para muy pronto con la gracia del Rey. *(Suenan músicas fúnebres y siguen los cañonazos. Doblar de campanas. Hamlet atrae a Horacio a su lado.)* Horacio...... Esta noche, en la explanada... Invocaré a mi padre... Y he de decirle: "No fué mi mano, ¡oh sombra!, la que vengó tu muerte. Pero vengada está... Querida sombra, terrible sombra, ¿se habrá saciado, al fin, tu furor vengativo?"

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.

2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.

3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.

4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.

5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.

6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.

7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.

8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.

9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.

10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.

11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.

12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.

13 *La virtud sospechosa* (extraord.), por J. Benavente.

14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.

15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.

16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.

17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.

18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.

19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.

20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.

21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.

22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.

23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.

24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.

25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.

26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.

27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.

28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.

29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.

30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.

31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.

32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.

33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.

34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.

35 *Vida y dulzura*, por S. Rusiñol y G. M. Sierra.

36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.

37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.

38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.

39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.

40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.

41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.

42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.

43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.

44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.

45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.

46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.

47 *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.

48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.

49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 [illegible]
por Jacinto Benavente.
51 *El Santo*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.), por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extraordinario), por J. Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extraordinario), por J. Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.), por J. Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61 *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76 *Pepe Conde [illegible]ere*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.
84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo tu amor* o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.
89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
93 *La peña*, por Federico Oliver.
94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por M. Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare, traducción de G. Martínez Sierra.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra o donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.

101. *El doncel romántico*, por Luis F. Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.

103. *Pimienta*, por José F. del Villar.

104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.

105. *Yo, tú, él... y el otro... y Noche de amor*, por Felipe Sassone.

106. *El carro de la alegría*, por Alberto Valero Martín y Emilio Carrère.

107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.

108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.

109. *Campo de Armiño*, por Jacinto Benavente.

110. *Dios dirá*, por J. y S. Alvarez Quintero.

111. *La juerga*, por Federico Oliver.

112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.

113 *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.

114 *A martillazos*, por M. Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.

115 *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.

116 *¡Calla, corazón!*, por Felipe Sassone.

117 *Mamá*, por G. Martínez Sierra.

118 *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.

119 *Las zarzas del camino*, por M. Linares Rivas.

120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.

121 *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.), por Jacinto Benavente.

122 *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.

123 *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.

124 *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno*, por Carlos Arniches.

125 *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.

126 *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.

127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.

128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.

129. *La Lola*, por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández (extraordinario).

130. *Paloma*, por Felipe Sassone.

131. *El doctor Frégoli*, por Erzeinoff, versión castellana de Azorín.

132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viu.

133. *Un caballero español*, por L. Manzano y M. de Góngora (extraordinario).

134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.

EL TEATRO
MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año........	Pesetas 24	Año........	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de Correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.



A. AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 801